Arianna de Sousa-García

Atrás queda la tierra



Mientras su mundo se cae a pedazos, la narradora de Atrás queda la tierra conecta una serie de memorias, palabras e imágenes para escribir una conmovedora novela de no ficción sobre el dolor que provocan el despojo y la violencia.

Esta es la historia de millones de venezolanos, pero también de todo aquel que haya tenido que sufrir el exilio. Atrás queda la tierra es el testimonio de la catástrofe de una nación que una madre le intenta contar a su hijo, un niño que no se siente parte de ningún país, sino de todos al mismo tiempo.

Un desgarrador testimonio sobre el horror de la emigración en la forma de una emocionante carta de una madre a su hijo.

Arianna de Sousa-García

Atrás queda la tierra

ePub r1.0
Titivillus 16.01.2025

Arianna de Sousa-García, 2024

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

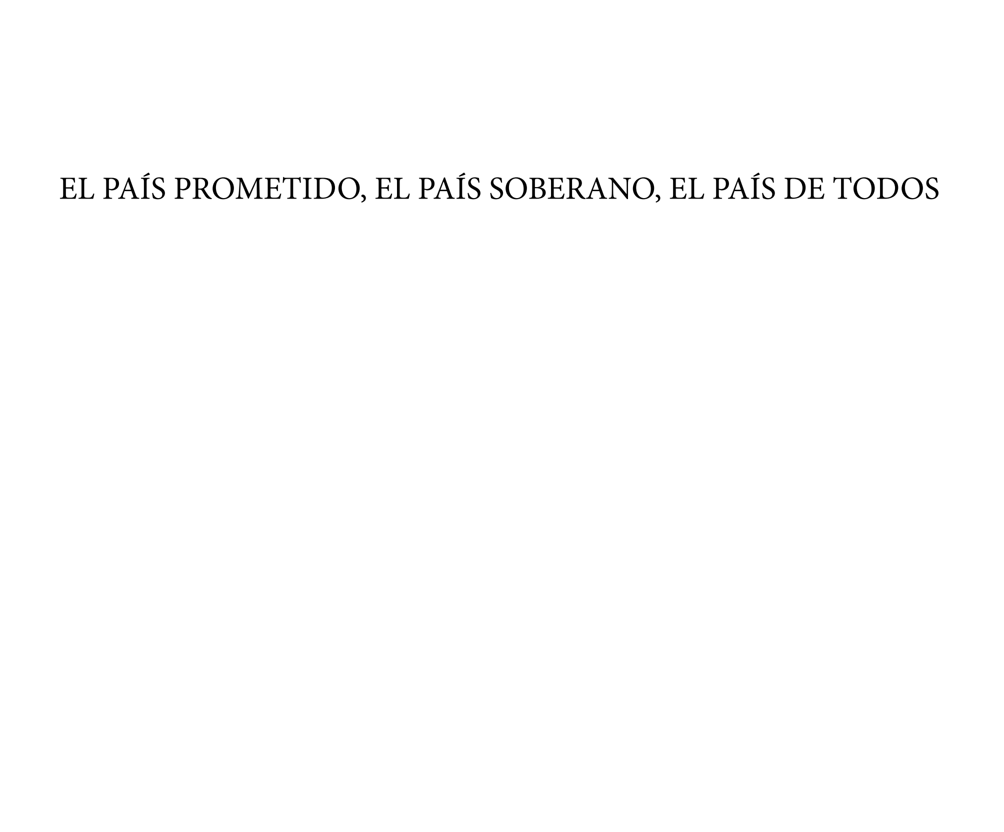
Índice de contenido

Atrás quedan las tumbas al pie de los cipreses, solos en la tristeza de lejanas estrellas.

Atrás quedan las glorias como antorchas que apagan ráfagas seculares.

Vicente Gerbasi

A León Rodrigo



EL PAÍS PROMETIDO, EL PAÍS SOBERANO, EL PAÍS DE TODOS

En 2016 Luis se convirtió en el proveedor de su casa. Tenía doce años y era el pescador más joven de Santa Rosa, sector de Lechería, la ciudad burbuja del Oriente venezolano, una en que pareciera que no ha pasado todo lo que ha pasado, una en que pareciera no haber hambre ni tragedia.

Las circunstancias que lo llevaron ahí fueron varias: al padre lo atropellaron y quedó en cama, la madre debió renunciar para cuidarle. Entonces él, el mayor de sus hermanos, debió tomar el lugar de su padre en el peñero y salir a pescar para que todos pudiesen comer.

Tendría que haber estado jugando, riendo, siendo un niño más, creciendo; en cambio se convirtió en un adulto de poca estatura, con la piel demasiado quemada y los ojos demasiado tristes.

Luis y sus hermanos a veces dejaban de ir a la escuela para no desmayarse allá. Situación que en esa fecha era cada vez más frecuente en muchísimos hogares.

Solo podía salir a pescar los fines de semana y, quizás por falta de experiencia, a veces llegaba a casa con las manos vacías. Decía que no tenía hambre aun cuando había pasado el día entero sin comer.

Jesús Sarabia, por entonces un pescador de veintitrés años, era papá de una bebé de tres meses. La mamá de la niña estaba desnutrida y, por lo tanto, su cuerpo no producía leche materna. Para ellos, las fórmulas lácteas eran incosteables. La única forma de conseguir alguna era esperar que el día en que él estaba autorizado para comprar, todavía quedaran algunas en el local más cercano a su casa; de ser así, debía pernoctar para ser atendido al otro día pasadas las once de la mañana, rogando, por supuesto, que llegado su turno de comprar aún quedaran.

La única opción real que tuvieron Jesús y su esposa fue darle a su hija lo que tenían a mano: sopa de pescado.

Jesús y su esposa tenían dos hijos más y todos comían máximo

dos veces al día, específicamente a las once de la mañana y a las seis de la tarde.

Magaly Figuera tenía veinticuatro años y cinco niños para esa fecha. Quiso ligarse después de ese último parto, pero en el hospital le dijeron que no «porque era muy joven».

El hijo menor de Magaly se alimentaba de teteros de verduras licuadas que ella le preparaba; tenía diez meses, pero aparentaba siete; era pequeño, delgado, distraído. También le daba pecho, aunque sabía que su producción de leche era muy escasa. Magaly me contó todo esto pasadas las cuatro de la tarde y todo lo que había comido en el día había sido un mango.

Las redes sociales viralizaron las imágenes. En el video se aprecia que detrás de ella está totalmente oscuro, nada puede distinguirse. La luz de la cámara la ilumina, quizás demasiado, y es únicamente por eso que podemos verla cargando a su hija muerta por la mitad de la calle.

Mientras habla, la mece de manera suave e instintiva, la mueve como toda madre lo hace con su bebé para dormirla, incluso mientras le cuenta a la reportera lo que les sucede esa noche.

Baja la cabeza y la mira como una madre mira a su bebé en brazos.

«No había luz, no había nada y no la pudieron atender», dice Elizabeth Díaz, la madre, con la voz ronca. Tiene la piel quemada por el sol de la tarde.

Es una mujer de baja estatura, delgada, de pelo corto, que parece rondar los sesenta años.

Cuenta que su hija estaba muy hinchada, que no paraba de eructar. Decidió llevarla al Centro de Diagnóstico Integral (CDI) de Trapichito, donde solo encontró negativas.

Con ella en brazos se dirigía a otro hospital cuando se dio cuenta de que su pequeño cuerpo se había vuelto rígido. Entonces resolvió regresar a su casa para buscar a su otra hija y seguir juntas hacia la Ciudad Hospitalaria Dr. Enrique Tejera de Valencia, ahora en búsqueda de un médico que certificara su muerte. Es ahí donde la reportera y ella se encuentran y se inicia la grabación.

La serenidad de Elizabeth se mantiene intacta durante los cuarenta y cinco segundos que dura la toma. Relata su historia con pausa, con un cansancio que se nota en su voz y en su mirada, quizás con resignación. Todos sus esfuerzos parecen estar dirigidos a acunar a la hija, quien aparece en la toma intermitentemente por segundos, en ese ir y venir en el que la mantiene sumida su madre.

Tiene el cabello corto, ojos negros muy abiertos, su piel es una opaca y delgada capa pegada a los huesos, casi traslúcida, que para

el momento del video ya iba adquiriendo una tonalidad azulada. Pero su hija no era una bebé, su hija tenía diecinueve años, parálisis cerebral y desnutrición crónica. Se llamaba Girtverlis y pesaba apenas diez kilos. No conoció el país prometido, el país soberano, el país de todos.

«Fuimos víctimas de un ataque cibernético, electromagnético», dijo el presidente heredero en cadena nacional cuando veintiuno de los veintitrés estados del país quedaron completamente a oscuras por más de cinco días en marzo de 2019.

La noche más oscura estuvo precedida por otras y ya teníamos experiencia en respirar de a poco, en llorar bajito para no despertar a los niños; lo que no nos esperábamos era que, llegado el momento, viviríamos una noche de cinco días, la peor en la historia del país.

La cifra oficial reconocida de fallecidos como consecuencia del corte eléctrico fue de diecisiete personas. Girtverlis fue una de ellas.

Durante la primera noche, las serpientes del Gobierno, los colectivos criminales armados avalados por la Revolución bolivariana, recorrieron las calles oscuras haciendo sonar sus motocicletas, haciendo el terror más palpable, disparando al aire mientras la desesperación se transformaba en saqueos, agotando lo poco que quedaba en los almacenes.

Cuando al final del segundo día la energía eléctrica no volvió, cerraron escuelas y pequeñas empresas, muchas de las cuales no volvieron a abrir.

Los hospitales colapsaron. María Errazo no pudo obtener los permisos para reconocer el cadáver de su hijo ni para enterrarlo, tampoco recibió en ningún momento información sobre los motivos de su muerte, porque el apagón hizo imposible la comunicación.

Se quedó afuera de la morgue esos cinco días, a la espera de documentos que se enviarían por correo electrónico para ser vistos desde el computador de la oficina de alguien que los imprimiría y daría la autorización para que la madre pudiese darle santo sepulcro a su hijo, ya en descomposición, una vez que en algún punto se restableciera el servicio eléctrico.

Diez recién nacidos murieron en el hospital principal de nuestra ciudad durante un apagón previo, tres años antes.

La periodista que escribía para la sección de salud recién se había ido del país y me enviaron a cubrir la noticia. El servicio eléctrico colapsó a las dos de la tarde y los niños fallecieron entre esa noche y la madrugada del día siguiente; el generador que debía encenderse durante emergencias de este tipo no lo hizo, no funcionó.

Luz González nunca pudo saber sobre las condiciones de salud de su sobrino durante ese apagón. Desde que comenzó, no pudo entrar al área donde tenían al niño conectado a respiración artificial.

Horas después se enteró de su muerte.

Angélica Jiménez perdió a su nieto en ese mismo lugar, esa misma noche; se enteró no por los doctores sino por medio de una paciente del hospital que escuchó a otros conversando sobre el suceso.

Durante la tarde de ese mismo día, mientras escribía esa nota, recibí la llamada de tu abuela ofreciendo sacarnos del país.

La emergencia eléctrica fue decretada en el 2009 y, aunque fue suspendida justo un año después, los racionamientos eléctricos y los apagones nunca cesaron ni disminuyeron; de hecho, fueron incrementándose. Según el Comité de Afectados por Apagones, solo durante el 2020 se contabilizaron 157 719 fallas eléctricas, tres veces más que en el 2019, cuando se registraron 48 210.

Aunque hay registros y testimonios de que los primeros grandes apagones nacionales se originaron debido a una baja considerable en la generación de energía eléctrica, que coincidió con la aguda sequía que experimentó el principal embalse del país posterior al paso de El Niño a mediados del año 2009; aunque hayamos sido testigos de la estatización de esa industria y de todas las modificaciones que atravesó en los años previos a la primera

oscurana; aunque sepamos gracias a trabajadores anónimos que los magníficos y divulgados proyectos de mejoras relacionadas a equipamiento, mantenimiento e infraestructura en generación y transmisión eléctrica no fueron más que el destello inicial; aunque todos conocimos a alguien del partido que entró a trabajar en ese sector sin tener idea del trabajo que tendría que realizar luego de los masivos despidos políticos, el Gobierno ha adjudicado la responsabilidad de esto a dos agentes: al ya referido Niño, pero sobre todo a los incesables, innumerables e indiscutibles ataques de nuestros enemigos patrios.

También en el 2009 se hallaron treinta contenedores abandonados con leche líquida en descomposición; un año después ya eran más de 130 000 las toneladas de productos alimenticios podridos que se descubrieron con fecha de caducidad cumplida incluso desde 2007.

A raíz de esto, tres directores de la productora y distribuidora nacional de alimentos fueron detenidos, pero poco tiempo después dos de ellos se reincorporaron a sus cargos mientras que el tercero, en 2012, trabajó en la cuarta campaña electoral del comandante eterno, era el mismo funcionario que en 1999 había iniciado la primera de las iniciativas para la regulación y control del sector alimentario, el Plan Bolívar 2000, a través del cual militares llevarían alimentos y medicinas casa por casa y que terminó con veintiuno de los veinticuatro generales que participaron activamente investigados por corrupción.

La misma persona que posteriormente replicó ese modelo fallido con la Misión Alimentación, creada «para la consolidación de la soberanía alimentaria», en ese entonces resaltó numerosas veces la importancia de que el Gobierno tuviese el control total de la alimentación «para garantizar su distribución equitativa en la población, y sobre todo la de la clase más baja».

Más tarde, en abril de 2016, el actual presidente de la República, el presidente heredero, implementó los Comités Locales de Abastecimiento y Producción. Estaban conformados en su totalidad por miembros de grupos afines al Gobierno: Unamujer, UBCH, Frente Francisco de Miranda y consejos comunales. Se suponía que estos recibían productos regulados para ser vendidos a precios justos en cada comunidad del país, cortando la cadena de

distribución para así, «bajo vigilancia revolucionaria, asegurar la entrega al consumidor final y combatir la guerra económica no convencional». Tres meses después se nos presentó la Gran Misión Abastecimiento Soberano y Seguro, «una gran misión cívico-militar para imponer orden en todas las cadenas de la economía».

El plan social estaba a cargo del ministro de Defensa e integrado por generales, gobernadores, autoridades en materia agroalimentaria e industria, jefes de Bolivariana de Puertos y uniformados de la Guardia Nacional Bolivariana, ellos eran los encargados de velar por el resguardo de los contenedores de comida, esto para «controlar y vigilar la distribución de los rubros, eliminar el contrabando y las colas».

Pronto el alimento de los animales también escaseó y no existieron más opciones; no hubo maíz, no hubo alpiste, el pasto se secaba y en su lugar solo había barro agrietado, el arroz era un lujo impensable.

Las vacas enflaquecieron, toros y caballos fueron sacrificados, los pollos eran cazados por igual entre perros, hombres y ratas.

El instinto de supervivencia volvió violentos a los cerdos, quienes eran casi imposibles de atrapar incluso para los compatriotas que se alzaron, hambrientos de todo, a las tierras solas que un día les pertenecieron a los *modern* caudillos, a los hijos del revolucionario.

El país rojo se quedó en negro. El país feliz se volvió guerra.

Los que quedan no recuerdan la voz de sus familiares, les resuenan números telefónicos que no saben a quién pertenecen. Se alimentan con carnes podridas recocidas y frutos oxidados, la mayoría no tiene a nadie que le evite hurgar en los cestos de basura de restaurantes que frecuentan quienes nos desfalcaron el futuro.

Otros, como los morochos García, murieron de tristeza.

Vieron a sus nietos irse, vieron apagarse los ojos de sus perros, vieron morir a sus amigos. Alimentar una boca más en cualquier hogar se volvió impagable y cada uno, por primera vez en toda su vida, debió ir por su lado.

Murieron no sin antes padecer el hambre y contar los granos de trigo en cada bolsa vacía. No sin antes sucumbir a la locura, a los murmullos, a los gritos, a los rezos, a las heces.

Elías murió primero. Las noticias decían que en la ciudad hubo más de trescientas personas en urgencias por el consumo de agua no apta y él fue uno de ellos. En la clínica no había suero, tampoco antidiarreico; una vez dado el diagnóstico y sin nada que pudieran hacer por él, los médicos le dieron de alta. En casa terminó por deshidratarse. Murió.

Nadie tuvo el coraje de contarle el final de su morocho a Miguel,

pero dicen que en su cuarto se escuchaban conversaciones que se terminaban abruptamente con la llegada de otros y entonces lloraba, lloraba y exigía irse con su hermano y así fue. Exactamente un mes después se fue con él, con Elías. Elías era tu bisabuelo. El padre de mi madre.

Cuando supimos de su muerte lloramos en silencio, primero cada una en su lugar y luego abrazadas, sin saber qué decir o sin tener nada que decir porque qué se dice ante tanto despojo. Qué palabras de consuelo le puede brindar una hija a su madre. Cómo la contiene.

Las llamadas rompieron el silencio y se levantó a coordinar su funeral. Nos sorprendimos no entendiendo el valor de nuestra moneda. No entendiendo la diferencia entre bolívares fuertes o soberanos, no teniendo idea de cómo lucen las denominaciones que nos dictaba el encargado de la funeraria desde el otro lado del teléfono.

En un escenario como ese solo queda confiar en el otro, en su palabra, en su trabajo y el valor que tiene, respetar el costo que tenga otorgar una muerte digna desde el fin del continente.

Hablamos poco de la ingenuidad que hay en irse.

Marchamos pensando que volveremos, que nuestras casas seguirán de pie, que nuestros libros se mantendrán exactos, impolutos, pacientes, que la gente que queremos seguirá con nosotros, cerca de alguna manera. Nunca pensamos que el frío de la muerte tomaría a los nuestros apenas volteáramos ni que las tumbas de quienes amamos quedarían borradas por el polvo.

A pesar de las sospechas, los «hasta pronto» nunca se constituyen como un adiós. Nuestro animal alcanza a entender que oler por última vez es importante, que el abrazo debe ser largo, que nuestra mano debe alcanzar la nuca, que la inhalación debe darse en ese espacio entre el cuello y la oreja, que debe ser fuerte, prolongada, que debe alcanzar para siempre, pero nuestra necesidad comunicativa nos exige pronunciar despedidas reales, acordes, honestas, que no alcanzamos a tener porque las palabras siempre se acomodan para disimular, para rodear, para abrir en lugar de cerrar.

Cuando nos fuimos del país solo le dije hasta pronto y le hice una última fotografía en primerísimo primer plano.

Hoy me hubiese gustado mirarlo a los ojos y decirle adiós y saber y que él supiera. No pude despedirme y enfermó y murió un primero de marzo. No lo vestí. No lo enterré. No metí en su sepulcro su wéstern favorito y sé que nadie más lo hizo. No le llevé ni le llevo flores. La única manera que tuve de despedirme de mi abuelo, lo único que pude hacer, fue recitarle desde lejos un poema de Gerbasi mientras la noche cubría el cielo:

Venimos de la noche y hacia la noche vamos.
Atrás queda la tierra envuelta en sus vapores,
donde vive el almendro, el niño y el leopardo.
Atrás quedan los días, con lagos, nieves, renos,
con volcanes adustos, con selvas hechizadas
donde moran las sombras azules del espanto.
Atrás quedan las tumbas al pie de los cipreses,
solos en la tristeza de lejanas estrellas.
Atrás quedan las glorias como antorchas que apagan
ráfagas seculares.
Atrás quedan las puertas quejándose en el viento.
Atrás queda la angustia con espejos celestes.
Atrás el tiempo queda como drama en el hombre:
engendrador de vida, engendrador de muerte.
El tiempo que levanta y desgasta columnas,
y murmura en las olas milenarias del mar.
Atrás queda la luz bañando las montañas,
los parques de los niños y los blancos altares.
Pero también la noche con ciudades dolientes,
la noche cotidiana, la que no es noche aún,
sino descanso breve que tiembla en las luciérnagas
o pasa por las almas con golpes de agonía.
La noche que desciende de nuevo hacia la luz,
despertando las flores en valles taciturnos,
refrescando el regazo del agua en las montañas,
lanzando los caballos hacia azules riberas,
mientras la eternidad, entre luces de oro,
avanza silenciosa por prados siderales.

Desde entonces no hago ni acepto llamadas. No puedo. Mi teléfono siempre en silencio es mi correo postal, ahí leo siempre a destiempo saludos o solicitudes, reclamos por mi comportamiento absurdo y también el silencio de quienes se cansaron de esperar un

mensaje de mi parte.

La comunicación en el exilio es una danza difícil a la que no pude tomarle el paso. Pienso en ellos todos los días, los imagino sonriendo o caminando envueltos en un aura o halo en que los envuelvo desde aquí, pero no puedo sostener una llamada. No puedo sostener el terror de no poder hacer nada por ninguna de las personas que amo, no poder ayudarles en su pobreza, o su enfermedad, o aliviar su soledad y la pantomima no me sirve, puedo escuchar sus muecas mientras mienten piadosamente y sé que pueden escuchar la mía, se nota el metal en la voz que habla y en el pesar de quien escucha que intentamos muy fallidamente no preocupar al otro con la dureza de la vida que nos tocó.

Imposibilitada como estoy para cualquier cosa que se esboce como una despedida real decidí probar lo contrario, asegurar su permanencia, confiar en la imagen, traerlo hasta nosotros. Esa es la historia detrás de la pintura colgada en nuestra sala; llegó a casa un 23 de diciembre a las seis de la tarde, ahora estamos juntos, me gusta pensar que estaremos bien.

Pese a todo la vida sigue y nosotros los idos, los hundidos, los caminantes, apostamos a una esperanza alucinante, disparatada.

La esperanza de los que no tenemos nada es infinita, decidimos creer que detrás de la sombra hay más luz y que es suficiente para todo aquel que la busque desmesuradamente.

Les contamos nuestra historia a nuestros hijos los días que creemos necesario hacerlo para que nuestra memoria perdure, a través de ustedes, para que aprendan a detectar a carroñeros y a desmenuzar discursos. Escribirla es mi regalo para tu futuro, todas las cosas que escribo tienen que ver contigo, son para ti.

Tus canciones de cuna, las mismas que lograban que te durmieras cuando los cólicos te dolían hasta el llanto y las mismas que te duermen ahora cuando tienes la energía del mismísimo sol, son razones. Todas ellas.

TAN VIOLENTO Y TAN VELOZ

Cuando comencé a escribir estas líneas aún no rompías a llorar al preguntarme por qué estamos aquí, por qué tenemos que vivir así o cuándo vamos a volver.

Ahora lo haces.

Tu pensamiento es más rápido que mis manos y a pesar de que comencé a esbozar respuestas hace un tiempo, aún no las tengo tal y como quisiera dártelas. No sé cómo hacerlo cuando todavía estoy dentro de esto que se mueve, pudiendo decir solo el vaivén. Entonces escribo, recuerdo, hablo, registro, con la esperanza puesta en que en algún momento esto sea una respuesta digna de ti.

No sé cómo, la verdad, cuando todavía todo es tan violento y tan veloz y me pregunto si algún día se sale de aquí. Si en un punto el corazón baja por la garganta y vuelve a su lugar, si el estómago se descontrae, las piernas se relajan, si dejamos de esperar llamadas con la voz de la muerte anunciando que se llevan a quienes amamos, sin permitirnos verlos una vez más.

Y compramos velas, las encendemos porque descubrimos que lo único que podemos hacer para aliviar nuestra propia alma es rezar por quienes se nos fueron; cada quien reza según su religión, pero todos lo hacemos sin falta, con esmero, con los ojos cerrados y la cabeza inclinada, con cera dentro de las uñas o pegada en la comisura de los dedos. Guardamos velas en los lugares más absurdos de la casa porque lo único que podemos hacer es recordarlos, enviarles luz.

Cuando naciste ya todo estaba muy cuesta arriba, comenzaba el mes de junio del año 2015 y durante ese año la pobreza extrema en nuestro país alcanzó al 49 % de los hogares, es decir, más de doce millones de venezolanos vivíamos en una pobreza riesgosa. El índice global de desarrollo humano nos situó en el puesto setenta y ocho de ciento ochenta y nueve países analizados.

A la par se fueron generando cifras históricas de inflación: el 2015 cerró con un alza de 180.9 %, una de las más altas del mundo.

Tu papá, tus abuelos y yo dejamos todos nuestros ahorros para que nacieras en una clínica que tuviese agua, jabón y alcohol, eso nos daba más oportunidades de sobrevivir a ambos. Aun así, tu primera radiografía mostraba una gran mancha blanca donde tenían que verse los pulmones. Una nube terrorífica. Densa. Opaca.

Dexametasona, me dijo tu papá, transpirado, rojo, nervioso. Necesita dexametasona. Había llamado a todas las farmacias de la ciudad y ninguna tenía. Se había comunicado con todos nuestros amigos. Había pedido ayuda en todos los hospitales. Incluso había llamado al diario. Las ampollas que salvaron tu vida fueron donadas, las llevó un señor hasta la clínica. Él las había comprado en el exterior para su esposa, pero llegaron demasiado tarde y ahora estaban a punto de vencer. Vi a la doctora tomarlas y correr por el pasillo hasta ti para inyectarlas lo más rápido posible.

Se llamaba Ana María, les dejó el alma en esa habitación a ti y a otros tres niños que estaban igual. Más tarde supimos que la clínica estaba rindiendo el poco alcohol que quedaba y, aunque todo estaba visiblemente limpio, una bacteria se había alojado en el quirófano. Era imposible culpar a alguien, en esos días todos hacíamos lo que podíamos con lo que teníamos. De seguro esta frase te resulta demasiado familiar, se ha transformado en algo que repito y repito y repito con la esperanza de ser menos severa, de darle crédito al intento.

Meses después, ya muchos se habían ido. En ese momento irse era una cuestión de gente con recursos, era una cosa que hacía la clase media-alta y que empezábamos a pensar los de la media a secas. Para bien o para mal, en nuestro país las familias se pasean por todos los estratos sociales y eso jugó y juega a nuestro favor. En nuestro caso la decisión fue tomada por teléfono, estaba en la redacción cuando tu abuela me llamó:

—Hola, hija, logré vender algunas de las cosas: el comedor, el refrigerador, los muebles y las camas, me alcanza para un pasaje, lo hice para irme con tu hermana, pero ahora entiendo que no sabré si en verdad podré sacarte una vez que esté afuera y quería preguntarte… ¿Quieres irte?

—¿Cuánto tiempo tengo para decidirlo?

—Necesito saber hoy, los pasajes están baratos.

—Está bien. Dame un momento.

Ahora que lo recuerdo, esa fue la primera vez que sentí la mano del vértigo apretando mi estómago dentro de su puño y jalarlo con fuerza hacia adentro, hasta una dimensión de mi cuerpo que desconocía hasta ese momento.

Fui hasta el baño y me lavé las manos con ahínco, con rabia, con tristeza, con abundante agua y jabón, luego los brazos y la cara, como si con eso pudiese limpiar la culpa de pensar en dejar de denunciar, de dejar de escribir sobre los niños que morían a diario de hambre y de mengua, de dar la pelea desde mi lugar, el único lugar que he tenido en el mundo, el periodismo. En este mundo vasto y brutal que a veces, a algunas personas con suerte, nos ofrece algo durante un tiempo.

Estaba en el mejor momento de mi carrera. Escribía en el diario en el que había querido escribir desde que tengo uso de memoria, y estabas tú, y lo que yo quisiera o no hacer con mi vida ya no tenía demasiada cabida.

Es gracioso e impresionante cómo los hijos reordenan todo a su alrededor solo con su llegada, sin exigirlo, únicamente con su existir. Toda mi vida me preparé para ocupar el puesto que había estado ocupando hacía apenas un año y ahora lo dejaba con el dolor y la seguridad de saber que estaba haciendo lo que debía. Con esperanza de darte una vida en la que pudieses bañarte, tomar la fórmula adecuada para tus alergias y tu hambre, porque en esos días ya comíamos poco y mal y de mi pecho brotaba cada vez menos leche, cada vez menos dulce, y tú llorabas de hambre y yo lloraba contigo hasta que encontrábamos alguna zanahoria y hacíamos ese colado que tanto te dio o sucedía un milagro, como ese día cuando de salida del trabajo vi una torre de peras en venta en una esquina.

Hacía meses, quizás años, que no veía una. Pensé en ti. Ya tenías un año y nunca habías olido una pera, probado una pera, nunca habías mordido una pera, nunca su jugo generoso había resbalado de tu boca.

Me detuve a secas, sin tener idea de cuánto podía costar una, le pregunté entonces al vendedor, recuerdo que ante la respuesta no hubo sorpresa, solo resignación. Conté el dinero que tenía encima, se lo di todo y negocié.

La pera era nuestra.

No puedo recordar el monto, pero sí la sensación de quedarse sin nada en contraposición a la felicidad de darse un lujo como ese en un momento así. La textura no te pareció muy agradable, pero la oliste y de inmediato le clavaste la encía y tus dos minúsculos dientes delanteros, la devoraste en cosa de minutos y todo tú fuiste pera, tus pestañas, tu pelo, tus piernas, tus piecitos, tu cuello.

Nosotros reímos contigo y aplaudimos de felicidad.

Después, sola en la cocina, me comí la cáscara.

Cuando se dice «mi vida estuvo en peligro», el otro espera pistolas en la cabeza, torturas, persecuciones que acaban en accidentes mortales. Pero algunas personas saben que la muerte se sabe posar de múltiples formas milenarias: el desnutrido siente sobre sí un aliento, una sombra que espera con paciencia y apetito, así también el vigilado vive y duerme a sabiendas de que dentro de ese carro de vidrios negros que permanece día y noche fuera de su casa o su trabajo hay ojos que miran atentos, parpadeantes, imagina ansiedades, salivaciones, gestos, dientes que suenan, expectaciones. Sabe que con solo un mensaje la tensión puede cortarse. Sabe que ese mensaje puede contener una palabra, o dos o más y que puede llevar su nombre, o peor aún, el de sus hijos.

Yo lo sabía.

Yo lo sabía y necesitaba ofrecerte otra vida, una de frutas posibles, una en la que mantenerte respirando no dependiera de la caridad, una en que los militares no nos esperaran a la salida del diario ni vigilaran día y noche la casa en la que intentabas crecer.

Volví a mi puesto, disqué su teléfono:

—Sí. Sí. Gracias, mamá. ¿Cómo lo hacemos?

—Ven de salida al trabajo y los compramos.

—¿Con destino a?

—Chile. Hablé con tu tía, puede recibirlos.

Colgué. Recuerdo esa certeza de estar dejando ahí mi carrera pero salvándote. Me puse de pie y de pronto las paredes eran más blancas, la luz que entraba desde los ventanales rebotaba más fuerte.

Ninguno de ellos supo que me estaba despidiendo, pero ese día los vi más, mejor, escuché las bromas entre ellos, me reí, abracé a Jesús, le llevé un café a Chavela, le pregunté a Andrés por sus muñecos de colección, me quedé mirando a Useche negociar más espacio, más páginas, me senté con Caro, Vanessa, Viviana y Mariajosé, que hablaban de los planes y la vida como algo lejano.

Sé que estos nombres no te dicen nada ahora y dudo que en algún momento te digan algo, estamos todos desperdigados por el mundo, demasiado ocupados sobreviviendo como para conversar una vez más, pero los escribo para no olvidarlos y para no olvidarme, para mantener en tu memoria y la mía ese día, ese espacio, esas personas.

Caminé lento y, sin embargo, me pareció llegar sin pasar mucho tiempo. Mamá y la vecina ya estaban sentadas en el computador intentando reservar, porque en esos días los pasajes se agotaban en segundos y lo único que alcanzaba a imaginar era esa misma escena en miles de hogares. Miles de familias vendiéndolo todo sin ninguna garantía, con la mirada puesta en mantenerse vivos de algún modo. De pronto aparecieron pasajes para el 28 de octubre de 2016. Mamá pronunció la fecha en voz alta, me miró, yo asentí, ellas se encargaron.

Eso pasó así o así recuerdo hoy que sucedió. Alguna vez dije que ese diálogo fue en vivo, hoy estoy segura de que fue una conversación telefónica. Con el tiempo aprenderás que la memoria es una materia viscosa, maleable, escurridiza, acomodadiza y de ahí la importancia de escribir, de preservarla de alguna manera, de dejar constancia sin tener garantías de que servirá de algo más que para recordarnos a nosotros mismos. O eso digo yo. Es importante que siempre busques en más de un lugar, que siempre escuches a más de una persona, que pruebes de más de una manera. Algunas definiciones dicen que:

> Memoria:
> *Del lat. memoria.*
>
> 1. f. Facultad psíquica por medio de la cual se retiene y recuerda el pasado.
>
>> (Subraya las palabras que no conoces, no temas intervenir algo que está diseñado para que intervenga en ti. Busca su significado. Solo así entenderás que la facultad es una capacidad, pero también un derecho y que todos tenemos la capacidad y el derecho a recordar).
>
> 2. f. Recuerdo que se hace o aviso que se da de algo pasado.
>
>> (Derecho a recordar y derecho a recordarles a los demás. Esto pasó. Esto me pasó. Esto te pasó. Esto nos pasó).
>
> 3. f. Exposición de hechos, datos o motivos referentes a determinado asunto.
>
>> (Y pasó por razones que quizás nos son ajenas pero que existen e importan. Escucha con paciencia a quienes te precedieron, habla con muchos de ellos, con cuantos puedas).
>
> 4. f. Fil. En la filosofía escolástica, una de las potencias del alma.
>
>> (Fe y razón siempre en tus bolsillos para el entendimiento, la

memoria y la voluntad).

5. f. Inform. Dispositivo físico, generalmente electrónico, en el que se almacenan datos e instrucciones para recuperarlos y utilizarlos posteriormente.

(Estoy segura de que de esto sabes mucho más que yo y solo quiero decirte: Aprovecha todas las herramientas que tienes. Haz con lo que tengas a la mano y con lo que puedes tomar si la estiras un poco más).

6. f. pl. Relación de recuerdos y datos personales de la vida de quien la escribe.

(Todo relato necesita sustento. Recorta, guarda, pega, arma, conserva. «Nada sobra, todo sirve», decía mi abuela, ahora yo te lo digo a ti).

7. f. pl. Libro, cuaderno o papel en que se apunta algo para tenerlo presente.

(¿Andas con papel y lápiz? Dime que andas con papel y lápiz).

Tener memoria de elefante; traer a la memoria, recorrerla, acordarse, conservarla y presentarse de nuevo en el recuerdo. Presentarse de nuevo en el recuerdo todas las veces que sea necesario de todas las maneras posibles.

Espero que cuando leas esto no haya cinismo en tu corazón, porque la verdad es que tuvimos suerte, aún se podía echar mano a algún salvavidas y salir del país en avión. Apenas dos años después ya no fue posible, dos años después ya los caminantes atravesaban países enteros para llegar a cualquier lugar que les diera la más mínima esperanza, con los hijos y las cosas a cuestas, yendo a casa de cualquiera que les pudiese recibir, ya no solo familiares, también vecinos, conocidos, conocidos de conocidos, cualquiera, quien fuese.

Dos años después ya hubo quienes naufragaron en ese mar que de tanta felicidad nos había inundado hasta entonces.

Nosotros tuvimos suerte.

Nuestra familia nos despidió en el aeropuerto, viajamos solos. La fuerza de una madre es la de todas las mujeres que le anteceden.

Ese día fui una mamá pálida, de piel opaca, pelo corto, de un metro sesenta y tres centímetros y cuarenta y ocho kilos cargando con un bebé de quince, su cartera, el bolso con documentos, la pañalera, el coche y dos maletas que, entre tantas cosas, contenían títulos que no sirvieron para nada, cartas de recomendación que se destiñeron sin que nadie quisiera leerlas, carpetas llenas de documentos que se vencieron, tu pelota de fútbol, un budare, toda tu ropita, dos *jeans* y cuatro franelas mías.

Ese día fui una mamá que corrió con la mitad de todas esas cosas y contigo por el aeropuerto de Panamá para no perder el vuelo de conexión, una que apretaba todas sus cosas con todas sus fuerzas y aun así todas se le resbalaban en el camino y no hubo manera de volver por ellas.

Aterrizamos mientras hacían el último llamado, toda la

tripulación ayudó a que nos esperaran, y a pesar de que no recuerdo sus ropas, sus caras o sus nombres, siempre les llevo conmigo.

Desde el Caribe es imposible dimensionar lo mucho que puede temblar una mandíbula en el fin del mundo, fui una mamá llegando a un país totalmente extraño a las dos de la mañana, mal abrigada, muerta de frío, con solo doscientos dólares escondidos en las medias y una dirección anotada en un papelito doblado demasiadas veces, siendo un manojo de nervios con cara de «por favor, míralo, mira qué lindo es, qué frágil es, déjanos pasar».

Puerto La Cruz es una orilla y el mar defiende a diario su lugar, lo disputa a refinerías, plantas petroleras, barcos mercantes, empresarios que quieren que sus restaurantes y edificios tengan la vista perfecta. Pero a veces el Caribe decide salirse de los márgenes establecidos por los hombres y arrasarlo todo, recordarnos su fuerza, su determinación.

Aun así, a merced del funcionamiento del mundo, Puerto La Cruz es perfecta como una acuarela, el pescado fresco, la fruta recién caída del árbol. Me impresiona que en un lugar tan pequeño existan tantos tipos de arena: arenas doradas, plomas, blancas, fragmentos pequeñísimos de prístinos corales y caracoles tallados durante milenios y milenios por el mar y el viento. Me sé privilegiada pues esos corales modelaron mis pies. En el mar todos los azules que permite la luz: cielo, alba, turquesa, verduzco, profundo. La temperatura del agua invita, convence, pide y obliga a quedarse, la ausencia de oleaje hace pensar que una vida sin sobresaltos es posible, lava las máscaras, despeja las preocupaciones, sus atardeceres naranjos, rosas, rojos, asombran, su brillo nocturno favorece la imaginación.

Nuestro puerto, como todo puerto, se compone de contrastes, diferencias, que dan lugar a la más frecuente y odiosas de las preguntas: ¿De qué parte de Puerto La Cruz? Allí existen dos universos: uno es tan filoso como una hojilla, en él las niñas pueden ser raptadas a escasos metros de sus casas y el malandro de turno fuma frente a su casa a diario, todos saben quién es, nadie dice nada.

Él también mira a la niña, la mira crecer, piensa en qué pasaría si. Ahí, las amigas de esa niña terminan siendo prostitutas, y las maestras ponen más esfuerzo, más ganas, pero no alcanza como tampoco alcanza el escaso apoyo gubernamental. Aquí hay que aprender de la ferocidad de los pelícanos, de su sapiencia, saber dejarse guiar por el olor de la mar que anuncia y recuerda que la

vida siempre es posible, que proveyó y proveerá todas las veces que pueda hacerlo aunque también sea capaz de desaparecer, matar, hundir. En el otro, la vida consiste en yates, restaurantes griegos, españoles, portugueses, árabes, carros lujosos, bailar en lugares de mármol y vidrio, tragos de colores, la compañía de muchachas operadas, bellísimas, imposibles.

Pero seas quien seas, vivas donde vivas, a todas nuestras playas es posible llegar caminando, en buses o autos, en peñeros, lanchas o embarcaciones más lujosas, cada experiencia de traslado es diferente, pero al final todos tenemos frente a nosotros la misma vista, nos hermana el asombro de su despliegue.

La distancia de Puerto La Cruz me ha enseñado el valor de las cosas sencillas y cuánto cuesta la opulencia, o quizás todo esto es la vista de ese paisaje desde la niñez porque el mundo me ha mostrado que un puerto puede ser todos los puertos del mundo y que quizás lo único que lo hace verdaderamente precioso ha sido perderlo.

Siempre pensé que sería algo momentáneo. Ahora que lo pienso, creo que todos cuando nos vamos creemos que lo será y al final termina siendo la vida. Esta es la vida.

Nuestro éxodo, masivo y sonoro como es, ha sido fácilmente ignorado e incluso condenado por casi todos nuestros hermanos soberanos de la li-ber-tad a pesar de ser el más grande que ha vivido este hemisferio en los últimos cincuenta años.

Las cifras más aceptadas dicen que en Colombia viven 2 477 588, en Perú 1 506 368, en Estados Unidos 545 200, en Ecuador 502 214 y que en Chile somos 444 423, y, sin embargo, ahora sabemos que los números siempre se quedan cortos. Los destinos subsiguientes en popularidad son España, Brasil, Argentina, Panamá y República Dominicana. La evidencia dice claramente que nos fuimos donde pudimos irnos, donde llegaron los pies, los contactos, hasta donde alcanzó el dinero.

Aun así tienen la desfachatez de llamarnos fascistas con una facilidad deslumbrante, de darnos discursos ideológicos desde sus barrios con agua y luz, desde sus refrigeradores llenos, y cómo no, de decirles a estos pobres vulgares muchachos bananeros lo que tuvimos que haber hecho.

Pero tú no bajes la cara, no apartes la mirada, no te doblegues ante la ignorancia ni el horror.

LA FUERZA DEL RÍO

El 4 de febrero de 1992 apareció por primera vez en televisión nacional hablando de sí mismo en tercera persona y subrayando que el fracaso era momentáneo: «Por ahora los objetivos no fueron alcanzados (…) el país tiene que enrumbarse definitivamente hacia un destino mejor, así que oigan mi palabra, oigan al comandante Chávez que les lanza este mensaje», dijo, tras liderar el golpe de Estado fallido que cobró cerca de trescientas vidas y de las que solo treinta y dos fueron reconocidas.

El hombre de la verruga en la frente, el gran revolucionario, el gigante, el jefe intergaláctico, el verdugo, ya había comenzado a hablarles al oído a todos nuestros padres, a todos cuantos pudo y funcionó: seis años después, el 6 de diciembre de 1998, Hugo Rafael Chávez Frías era electo presidente de la República con el 56,20 % de los votos y un proyecto bolivariano que prometía:

—Autonomía nacional.

—Una ética de servicio al pueblo especialmente enfocada en la protección a la infancia.

—Independencia de los Poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial.

—Luchar contra la corrupción y la pobreza, redistribuyendo la riqueza y destinando los fondos petroleros a políticas sociales enfocadas en mejorar las condiciones económicas, culturales y sociales de los venezolanos, acabando con la desnutrición y el analfabetismo a través de una alianza cívico-militar con las misiones Robinson, Ribas, Sucre y Barrio Adentro.

—La implementación de una reforma agraria para la democratización de la actividad económica y su autosostenibilidad.

—Apoyo a la inversión privada.

—Protección a los medios de comunicación.

—Respeto por la naturaleza.

—Elecciones democráticas.

—Entrega del poder en cinco años o menos.

Rápidamente el rojo, su color insigne, inundó al país: aceras,

paraderos, buses, pasarelas, credenciales, oficinas, escuelas, cuadernos, mochilas y, sí, uniformes. Mi padre fue de los primeros en vestirlo y entonar sus cánticos. Pero el poder no fue entregado reforma tras reforma, el Estado consiguió aprobar la reelección presidencial indefinida y las promesas gubernamentales subieron el nivel. Algunas fueron:

—Defender, expandir y consolidar el bien más preciado que hemos reconquistado después de doscientos años: la Independencia Nacional.

—Continuar construyendo el socialismo bolivariano del siglo XXI.

—Convertir a Venezuela en un país potencia en lo social, lo económico y lo político dentro de la gran potencia naciente de América Latina y el Caribe.

—Contribuir al desarrollo de una nueva geopolítica Internacional en la cual tome cuerpo un mundo multicéntrico y pluripolar.

—Preservar la vida en el planeta y salvar a la especie humana.

Encrudeció el discurso y mi padre aprendió a mirar con desprecio, a caminar como si lo siguieran, a dudar de la bondad, a creerse superior al resto, pensarse el escogido en tareas secretas que, según su parecer, los demás nunca podríamos comprender ni cumplir porque no sabríamos construir «un futuro de bienestar máximo por y para todos». Terminaba nuestras cenas familiares con argumentos llenos de falsa superioridad moral dictados a gritos, con gestos nuevos que él y otros veían en la televisora nacional.

Cuando lo convenció de que el resto del mundo conspiraba en su contra, se limitó a ver y escuchar solo lo aprobado por él: el canal del Estado, la radio comunitaria que ya estaba siendo operada solo por compatriotas inscritos en el partido, panfletos pobremente diseñados que hablaban de paz armada y mi padre, mi pobre padre, mi bondadoso padre, creyó en él como lo hicieron todos nuestros padres: a ojos cerrados.

Durante años se levantó puntualmente con el cantar del gallo y llegó a casa pasada la medianoche, trabajando incansablemente por la revolución.

Mi padre alumbró comunidades enteras.

Mi padre abrió pozos de agua públicos.

Mi padre les dio una oportunidad a cientos de personas.

Mi padre dio su juventud a un proceso que llegado el momento compró su conciencia con putas, tierras y dinero y después lo dejó peor de lo que nunca estuvo.

Las armas lo hicieron sentir poderoso. El poder le lavó la humildad. La paranoia del discurso mantuvo su sangre caliente. Mi padre hizo de nuestro hogar su propio cuartel y con ello rompió nuestra familia.

Entonces se aisló. Se rodeó de otros que, tal como él, no permitían dudas sobre el proceso ni ideas nuevas que llamaron subversivas. Aplaudían alocuciones con la conciencia hedionda a *whisky* y el estómago repleto de carne asada mientras otros, incluso con sus mismas convicciones, comenzaban a rendir la comida porque el despilfarro pasó factura antes de que la corrupción se hiciera evidente. Pero los rojos crearon un ejército de ciegos por decisión que asignaban sus culpas a propios y foráneos. A cualquiera, a todos, menos al incuestionable, al todopoderoso.

Mi madre, por su parte, nunca fue oficialista. Mi padre la «ayudaba» a votar, así como muchos ayudaban a sus familiares a tomar «la mejor decisión». Después de una carrera interrumpida por dos embarazos y un largo período de desempleo que terminó con su inscripción en el Partido Socialista Unido de Venezuela, comenzó a trabajar en la Corporación Eléctrica Nacional, la misma para la que mi padre trabajaba, así que le era fácil recordarle a quién debía su agradecimiento, lealtad y compromiso. Llegadas las elecciones, la llevaba hasta la máquina de votación y se aseguraba de que mi madre presionara el botón correcto. Al volver, él llegaba a casa contento, satisfecho, bromista, ella se limitaba al silencio por el resto del día. Yo, que ya sabía que quería ser periodista, recorría todos los centros de votación cercanos midiendo el entusiasmo y los votos de acuerdo a los colores que usaban los adultos para votar: quienes iban de rojo eran oficialistas, quienes iban de blanco eran opositores, quienes usaban otros colores representaban más dificultad; había que escuchar lo que decían, afinar el oído para intentar adivinar su inclinación política.

Cuando mi madre vio por primera vez a Chávez conoció la euforia. Viajó desde nuestra ciudad hasta Caracas durante cinco horas en un autobús junto a cientos de otros trabajadores para verlo.

Era la logística impulsada por el partido; cada vez que el presidente tenía una aparición pública, miles de buses salían de todos los rincones del país repletos de trabajadores de todas las empresas ahora nacionalizadas como señal de apoyo al «proceso». Con alguna u otra excusa doméstica (la casa, las niñas) siempre había podido evadir este tipo de responsabilidades revolucionarias, pero el chicle se estira hasta donde puede y ya la gente murmuraba, ¿se puso en duda su ideología?

¿Acaso era oligarca?

¿Acaso era imperialista?

¿Acaso era escuálida? Después de todo, ella había ido a la universidad, era la jefa de todo un equipo, tenía una vida acomodada. No. Claro que no. Y es por eso que la decisión fue tomada por mi padre: debía ir de una vez por todas a ver al líder supremo en persona.

Volvió a casa y entonces lo supe. Se tropezaban todas las palabras, se arremolinaban las unas con las otras buscando contarnos que llovía, llovía muy fuerte.

Nosotros estábamos empapados esperándolo. Todos nosotros bajo ese palo de agua, ocupando enteramente calles y calles para verlo. Pensábamos que no llegaría porque cómo se iba a mojar el presidente, pero salió y era inmenso, hija, inmenso, el hombre más alto, grande y fuerte que haya visto jamás, decía mientras estiraba los brazos hasta lo imposible, con todos los dedos abiertos intentando abarcar todo el espacio a su alrededor. Apareció con un traje bellísimo, elegante, imponente, y cuando sonó su voz, de golpe todos nos quedamos en silencio. Su voz, su voz, su voz, una voz recia, calma. Ahí estaba él, mojándose por nosotros, ¿puedes imaginarlo?, me dijo, sin tomar en cuenta que ellos se mojaron durante horas por él.

Ese sería el último gran acto masivo de Hugo Chávez y mi madre estuvo allí.

Ahora que ha pasado el tiempo, ahora que soy madre, puedo entender muchas de las cosas que llevaron a mi padre a ser esa persona, puedo entender las ganas de cambiar el mundo, las ganas de creerle a alguien que dice que puede hacerlo, puedo entender la apuesta total a alguna otra cosa que no sea la miseria en que se vive, ahora puedo entender la desesperación de saber exactamente lo que va a pasar y temer que los tuyos se queden fuera de las posibilidades, de las ayudas, del sistema.

Hay otras que sigo sin entender, ¿por qué prestar las manos a un proyecto excluyente?, ¿por qué dar la fuerza de trabajo a algo que finalmente llega al mismísimo punto desde el que se partió: beneficiar solo a algunos?

¿Por qué es tan difícil pedir perdón, asumir el error?

¿Por qué no me habla?

¿Por qué no puedo hablarle?

Veinte años han pasado desde que la Revolución Bolivariana llegó al poder. Mi generación se crio teniendo a Chávez como presidente, crecimos denunciando la falta de oportunidades, el exceso de partidismo. Nos tocó enfrentarnos al proyecto de nuestros padres, también nos tocó irnos del país. La suma es sencilla y dolorosa, millones de familias fracturadas.

Hacía meses que no sabía absolutamente nada de él. La relación entre mi padre y yo se resume en mensajes escuetos en Navidad y cumpleaños. Sin embargo, sé que me respeta y que respeta lo que hago, o mi obstinación en hacerlo, por eso cuando supe que esas preguntas no me abandonarían le escribí un mensaje breve, directo, a su teléfono:

—Bendición, me gustaría entrevistarte para un proyecto en el que estoy trabajando. Avísame si es posible.

(Silencio).

—No tiene que ser por videollamada, si te incomoda.

(Silencio).

—¿Por texto te parece? —me ofrece.

—Notas de voz —le negocio.

—Pregunta pues —cede. Y entonces lo hago. Hago preguntas por más de seis minutos en una misma nota de voz, las envío y bloqueo la pantalla de inmediato.

—Te voy a contar muchas cosas que tú no sabes y que yo no quería que tú supieras.

Durante mi adolescencia vivimos años de mucha carencia; casi no llegaba el agua y si lo hacía venía con gusanos. Los baños del colegio siempre estaban colapsados, los comedores dejaron de abrir, los bebedores no servían… Así íbamos a clases. Empezamos a protestar, liceos y universidades.

Juntos, todos los estudiantes. Protestábamos y esas manifestaciones terminaban siendo muy violentas, pero así era el clima que se vivía en ese momento, ese era el día a día, violencia en todas sus formas.

Los del Grupo de Apoyo Táctico Operativo, el equipo élite de investigación y operaciones de la Policía Técnica Judicial, o Grupo Gato, como se les llamaba comúnmente, iban en camiones grandes agarrando a cuanto muchacho se les cruzara para «servir al país», para prestar servicio militar, que era obligatorio pa' los pendejos, para los pobres, para el barrio.

A mí me llevaron justo el día que cumplí dieciocho años había salido a comprarme unos zapatos cuando me los encontré de frente; afortunadamente con ayuda de mi padrino pude zafarme.

Entrar a trabajar en la industria era difícil. Les pedí ayuda a unos amigos que ya estaban dentro de la compañía y lograron que me permitieran presentar el examen de admisión, donde obtuve un puntaje excelente.

Pasó mucho tiempo antes de que me llamaran, pero quienes estaban en la política, quienes militaban en Acción Democrática y Copei entraron de inmediato, todos los demás éramos ciudadanos de segunda. No había poder adquisitivo; quienes formaban una familia se quedaban viviendo con sus padres. Era imposible siquiera pensar en tener una casa, eso era un lujo que podían darse ellos, no nosotros.

Nosotros no teníamos ningún medio, ninguna manera.

No veíamos solución ni salida.

Y apareció Chávez.

Cuando hizo lo que hizo… ganó muchos adeptos, y muchos más cuando depuso las armas. Quienes no estuvieron de acuerdo con lo primero, se convencieron con lo segundo, pero todos estábamos seguros de que ese era el hombre. Nosotros, la juventud de ese momento, la juventud sin futuro, queríamos darle un vuelco a la situación y sí, fue Chávez, pero pudo ser cualquiera… Porque es verdad, éramos unos muchachos, pero teníamos la fuerza del río.

Los viejos le tenían miedo y nos metían miedo, hablaban de dictaduras y era natural… A tu abuelo lo metieron en un saco de papas y lo metieron escondido en un barco a los diez años, a él y a muchísimos otros niños. Los sacaron para protegerlos de la guerra. Había en ellos un temor latente por eso y también por lo que había vivido el país en la época de Pérez Jiménez. Al final, algo de razón tuvieron.

Cuando Chávez salió electo yo tenía treinta y dos años. Todavía no tenía casa, pero ya tenía una hija, te tenía a ti, yo solo quería una oportunidad, era lo que todos queríamos. Una oportunidad de poder ser y hacer, de surgir… Puedo decir que en el sector eléctrico el Gobierno tenía buenas intenciones. Se frenó la privatización, se tomaba en cuenta lo que decíamos y requeríamos para hacer un buen trabajo.

Fuimos creciendo mucho, algunos inclusive salimos a capacitarnos, fuimos a la India, Portugal, Corea, Estados Unidos. Aprendimos. Yo mismo instalé el primer transformador de potencia de Anaco. Fueron tiempos de inversión, de crecimiento… El poder adquisitivo se elevó y así como yo compré nuestra casa, muchos pudieron hacerlo.

Después el círculo comenzó a cerrarse, yo entendía que al principio tenía que ser así hasta que hubiese un equilibrio en las cosas, para que ni nosotros ni los que venían detrás de nosotros pasaran por la misma exclusión que pasamos en nuestra juventud, aunque siempre abogué por no hacer del proceso solo un cambio de poder. Pero siempre fueron más los bandidos que la gente realmente comprometida con el país.

Apenas el presidente cayó en cama nos pidieron la renuncia, y aunque al principio pusimos resistencia, entregamos nuestros puestos pensando que sería algo temporal, pero nos equivocamos.

En pocos meses acabaron con el trabajo de años. En ese momento no lo entendí, pero ahora lo entiendo, ellos no querían bienestar para el pueblo, querían darnos migajas.

Después de eso, mi casa fue allanada dos veces por el Servicio Bolivariano de Inteligencia Nacional con fusil en mano, no sé qué buscaban.

Nunca mediaron palabra, nunca me hicieron nada, nunca me quitaron nada. Fueron días de terror, de mucho miedo. Ahí tomé la decisión de dejar el país. Me fui por la frontera con Brasil y cuando salí… La tranquilidad. La tranquilidad de la libertad. Le agradecí a Dios.

En los mayos de mi infancia, los jardines de los blocks se llenaban de cientos de mariposas amarillas con las que salíamos a jugar omitiendo las advertencias de los mayores: «Las van a dejar ciegas», «se las van a llevar por una pata», «no las escuchen». Pero era imposible frenar el deseo de corretear con ellas; pensar en las posibles e irrisorias consecuencias era inútil ante la emoción infantil. Así como nosotros ignorábamos las advertencias de los viejos sobre las mariposas, así mismo lo hicieron nuestros padres en 1998.

Mi abuelo, como todo sobreviviente de guerra, reconocía a los zamuros a kilómetros de distancia y, con sapiencia a partir de ese día, se ocupó de darnos las claves para identificarlos, para leer entre líneas torcidas y con agudeza traducir lo que realmente querían decir con su neolengua.

Compraba todos los diarios y nos los leía todos, hacía hincapié en qué se decía y cómo se decían las cosas; hilaba fino, nos preguntaba por el significado real de las palabras en lo concreto y resulta que lo que leíamos nunca significaba eso, así que nunca acertamos, no de niños. Hacía estas cosas quizás con esperanza en el futuro, quizás con una absoluta falta de ella. Quizás pensando que nosotros, sus nietos, los niños bajo su protección, podríamos con los años revertir lo que sucedería, quizás con la certeza de que no podríamos.

Mi viejo, mi abuelo, el padre de mi padre, llegó a Venezuela desde Madeira siendo un niño. Viajó escondido en un barco junto a sus hermanos y, aunque llegaron todos sanos y salvos, pronto el nuevo territorio y el nuevo idioma se encargaron de dispersarlos. No crecieron juntos, tuvieron que sobrevivir cada uno por su lado y, aunque nunca dejaron de buscarse, no se encontraron sino hasta cincuenta años después. Aprendió a pregonar y así durante su infancia vendió pan y sábanas, de mayor trabajó en fábricas y cocinas, luego tuvo su propio restaurante, se casó, formó una

familia. Mi abuelo era un tipo alegre, dicharachero, cariñoso, le gustaba el café cargado, disfrutaba comer y sentía un gran respeto hacia la comida, al igual que su esposa, mi abuela paterna. Nunca les pregunté, pero estoy segura de que eso fue lo que los unió. Sentarse en la mesa era algo importante, había que estar limpio, presentable, había que valorar el alimento tuviésemos lo que tuviésemos en el plato, agradecer a quien hubiese cocinado para nosotros, comerse todo, no botar nada.

También pasaba largos períodos de silencio y alcohol, miraba y tocaba sus manos haciendo énfasis en lo que quedaba de su dedo índice, pues había perdido la mitad muy joven mientras trabajaba en la fábrica; en esos momentos solía sentarse solo en el patio, cantar bajito.

Nunca me respondió con palabras cuando le pregunté por su madre, por su casa; su manera de hacerlo era decir: «No me acuerdo» y levantarse de inmediato a limpiar enérgicamente. Pero llegado el momento, mis padres decidieron que ellos y no más mis abuelos tomarían las riendas de mi joven vida. Ahora viviría con ellos y no en los blocks, tendría nuevos amigos, conocería otras cosas.

Me cambiaron de escuela; esta, al contrario de la anterior, era pequeña, humilde, periférica. En cada salón de la Unidad Educativa Nuestra Señora de las Mercedes de Las Delicias, éramos aproximadamente quince niños en cada una de las seis aulas y por jardín o cancha teníamos un minúsculo patio trasero en el que desayunábamos, conversábamos y jugábamos.

Suena una explosión seguida de otra, el piso se mueve; se inicia y se repite sin cesar un sonido grave, largo, espeluznante. Es una alarma: la refinería se quema. En cuestión de minutos comienzan a llegar madres y padres y desde la ventana se ve gente corriendo, carros yendo aún más rápido, mientras adentro éramos cada vez menos niños. Las maestras se turnan para llamar desde el teléfono fijo a los representantes de quienes quedamos y en términos generales funciona, siguen llegando, seguimos siendo cada vez menos, pero de pronto el goteo se detiene y somos cinco o seis y ya nadie aparece ni viene.

Nos miran con preocupación pero también con desespero, también tienen que irse, también tienen que buscar a sus hijos, a sus esposos, a su familia. «Váyanse, yo sé exactamente qué hacer. Voy a esperar a mi papá unos minutos más y si no llega me voy con ellos (con los niños) a la cima del cerro El Limón», les digo, porque una vez escuché a mi padre decir que eso había que hacer. Se miran entre ellas, le creen a una niña quizás porque habla con seguridad pero también porque en ese punto les conviene creerle e irse, irse rápido, lejos, antes de la gran explosión. Entonces se van. Yo cumplo mi palabra y hago de cuidadora de los niños y de mí misma.

Esperamos, pero nadie llega y el cielo se cubre de negro, les pido que nos tomemos las manos, que listo, que tenemos que subir ese cerro, y lo señalo.

Como soy la única que parece saber qué hacer me siguen sin chistar y comenzamos la subida. Caminamos rápido, en silencio, viendo hacia atrás incrédulos (ellos, no yo), esperando a algún adulto que no llega. Nos unimos a más personas que suben y seguimos volteando hacia atrás, pero ninguno reconoce a nadie entre la multitud. De pronto lo escucho detrás de mí, no a él realmente sino a su modo de conducir, al sonido que hacen los cauchos del *jeep* al doblar con la velocidad a la que suele ir. Me detengo, volteo y ahí está. Empieza a tocar bocina, yo alzo el brazo

y lo sacudo, me ve; en tres segundos y un frenazo ya está frente a mí. Súbete, pues, me dice, y yo le pelo los ojos y le señalo a los niños. Entonces se baja, abre la puerta de atrás y nos subimos todos. Nos agarramos fuerte y mi padre arranca.

Me pregunta a dónde iba, le respondo, me escucha y sonríe, muy bien, eso es lo que hay que hacer, dice. Pensé que no venías, le digo mirando sus ojos a través del retrovisor, se ensombrece, me atrevo a decir que se avergüenza, teníamos que resguardar unos equipos primero, poner en marcha algunos procesos, me contesta, mirándome desde ese mismo espejo. Para ese momento, mi padre ya trabajaba para la Corporación Eléctrica Nacional, que suministraba energía a toda la ciudad y cuya sede principal quedaba al lado de la refinería, que no explotó por completo porque de haberlo hecho no te estaría escribiendo esto.

El Oriente venezolano se levanta sobre una inmensa reserva de gas.

No hubo ninguna tragedia y el incendio, aunque fue bastante aparatoso, no llegó a ninguna casa aledaña. Tenía nueve años y ese día aprendí que el amor de mi padre hacia mí jamás sería equiparable al que sentía por su deber; primero, por sobre todas las cosas, siempre estaría la patria.

Pero no siempre fue así, ¿sabes? También hubo calma, hubo lo necesario para vivir en sencillez y hubo belleza en ello. Durante las vacaciones de diciembre atravesábamos el país en auto. Era nuestra tradición familiar. Salíamos de nuestro mar clarito y tibio y horas después lo veíamos transformarse en uno que ruge en la orilla hacia el centro del país, donde los malecones siempre estaban llenos de gente bailando tambores, con ese sonido grave, hondo y bello de los caracoles estallando de repente, llegábamos a perdernos en la inmensidad de las dunas, pasábamos el puente para visitar a La Chinita y ver el puntual relámpago, quedarnos en la ciudad hasta el encendido de Bellavista, ahogarnos con el calor zuliano y escapar hacia el páramo para comer truchas ahumadas, helados de cebolla o caraota y frutas inmensas, para escuchar a sus niños poetas y montar caballos de mantos largos, bajar al silencio del llano con su cielo estrellado y durante dos días más hasta la selva con ríos naranjas, saltos kilométricos, serpientes más grandes que curiaras y noches de largas conversaciones con los indígenas y sus *snacks* de

hormiga culona tostada.

Recuerdo particularmente un viaje familiar en el que lloré de gratitud siendo tan niña, iba con la videocámara encendida, haciendo lo que hago desde siempre, registrando. Grabando cómo los granizos nos pinchaban el cuerpo por primera vez durante una nevada mientras subíamos por el páramo La Culata.

Ya teníamos el abismo en nuestras narices y no lo sabíamos.

Eran los años de miel de la revolución.

En esos días, aún escogíamos nuestras prendas de vestir sin ningún otro margen que el estético; las boinas aún eran París, no vainas de militares y el color rojo era el amor, no la sangre ni el hambre. Hoy, tanto tiempo después, no puedo recordar qué se siente vestirse sin pensar en el mensaje político que doy con la combinación de colores que elijo. O a quién le estoy faltando el respeto con la franela que me pongo.

Para el siguiente año escolar, todo lunes fue un lunes cívico, de entonar el himno nacional y el himno del estado. Recordar las excelsas palabras de Simón Bolívar, Rodríguez o Bello, izando la bandera o mirándola alzarse en su grandeza con la mano en el corazón, todos formados en un cuadrado perfecto, tomando distancia los unos de los otros, pulcros y pobres, con un lazo azul deshilachado en nuestros cuellos y boinas rojas en las cabezas.

Más grandes aprendimos a armar y desarmar armas, a entrar y salir de tanques, a pasar horas bajo el sol y cumplir órdenes, a caminar juntos, sincronizados, a saber que es «izquierdo-izquierdo», «izquierdo-derecho-izquierdo», a dar la vuelta y la media vuelta, pero sobre todo aprendimos a estar firmes porque, aunque nunca habíamos visto a un enemigo del pueblo, teníamos que estar preparados para él.

La educación premilitar era obligatoria y se impartía durante dos horas y cuarenta minutos, dos tardes a la semana, durante los últimos años de educación media. Al inicio los militares fueron a los colegios, los llenaron, los invadieron, nos acuartelaron, pero ante la protesta nacional de profesores por su sonora y estricta presencia, esas clases fueron trasladadas a las bases militares de cada ciudad.

En paralelo, dentro de las aulas, leíamos fragmentos de Pamuk, diarios de Pasternak y Mekas, las novelas de Márquez, Otero Silva y Tolstói, los poemas de Ossott y Cadenas. Nuestros maestros, siempre

a través de la literatura y muy rara vez desde sus palabras, nos hablaban de cosas que ya vivíamos, pero que no estábamos preparados para decodificar, para entender. En esos días mi padre me gritó oligarca por primera vez. Yo le había pedido que, por favor, por favor, por favor, apagara el televisor, sintonizado siempre en el canal estatal, solo mientras estuviésemos en la mesa.

Un par de años después me dio su primera mirada de asco. Yo acababa de cumplir la mayoría de edad, íbamos en el auto y el sol de la tarde nos enceguecía en medio del tráfico entre las calles Libertad y Sucre. Vio a su izquierda, hacia la Plaza Bolívar, que ya no era una plaza sino un centro de inscripción perenne del Partido Socialista Unido de Venezuela atestado de militares armados. Entonces subió el freno de mano, salió del auto, vino hasta mi puerta, la abrió y me quitó el cinturón de seguridad, me tomó del brazo con fuerza y me dijo: Vamos a alistarte.

No, respondí, soltándome. Usó entonces más fuerza, intentó llevarme a rastras mientras yo me afirmaba con brazos y piernas a la puerta abierta.

Recuerdo aferrarme a ella con todas mis fuerzas y repetirle una y otra vez que no quería, que por favor no me obligara, «después no me pidas ayuda, malagradecida», me gritó en frente de decenas de personas antes de subirme al auto nuevamente y arrancar con la cara desfigurada de ira, de decepción.

Pero esa no sería la última vez que mi padre me mirara de esa manera. A pesar de que siempre todos supieron que mi única aspiración profesional era ser periodista, al graduarme de bachillerato me negó la posibilidad. Su hija no sería una pobre chismosa lacaya del imperialismo, no señor. Su hija sería parte de grandes proyectos y él se encargaría de que entrara en ellos. Así estudié Tecnología en Gas, una carrera nueva que pretendía formar a la primera generación de trabajadores para el Gran Gasoducto del Sur. Tres años después me gradué con un promedio excelente porque la imposición de mi padre no mancillaría mi orgullo, ya estaba allí y sería de las mejores. Al recibir mi título lo posé en sus manos. Miro atrás, hacia esa escena, y solo veo a la misma niña de siempre intentando ser amada por su padre.

Sus aspiraciones no pudieron ser: el inmenso proyecto que conectaría Venezuela, Brasil y Argentina fue desechado sin mayores

explicaciones y todos quienes nos formamos para ello quedamos en un limbo; los meses siguientes a mi primer fracaso profesional me convertí en la pequeña señora de mi casa, pasé los días limpiando, ordenando, cocinando, haciendo las compras, llevando a todos a cumplir con sus deberes.

Como recompensa por mi buen comportamiento mis padres me regalaron un viaje para mi cumpleaños veintiuno. Mi primer viaje sola. Ese viaje a la tierra del Nuevo Periodismo no solo me dio un sacudón, también me recordó quién era. De vuelta al país, paré en la universidad antes de llegar a casa, me inscribí sin dudarlo ni un segundo. Decírselo a mi padre fue recordar todo el asco que era capaz de sentir por mí. Desde ese momento yo tendría que pagarme la carrera y la vida por mi cuenta.

Cada día de clases me confirmó que si yo pertenecía a algo, era a esas aulas, a esa bibliografía, a ese oficio, a esa pasión. Mientras estudiábamos ya cerraban medios y apresaban periodistas y eso, contrario a persuadirnos para dedicarnos a otro oficio, nos daba más fuerza, más empuje, más seguridad de que hacíamos algo necesario e importante. Tuve la dicha de tener los mejores profesores que un aspirante a periodista podía tener: Mirna, Mariana, Dimas, Maritza. Cinco años después, al graduarme recordé mi fracaso anterior y sentí un temor insostenible que se disipó apenas se instalaba. El diario *El Tiempo*, el lugar en el que siempre quise escribir y en el que nadie lograba entrar, anunciaba que buscaba periodistas. Postulé, concursé tres meses por el puesto junto a otras tres personas, quedé.

El diario que había leído toda mi vida, con el que mi abuelo me enseñó sobre las trampas del lenguaje, también me quería a mí. La felicidad que me otorgó ese momento nunca se ha desteñido.

Ni los militares, ni los años, ni el exilio, ni los trabajos insoportables que vinieron después la han empañado nunca. Mi carrera fue corta pero preciosa. Tuve los mejores compañeros que alguien puede pedir y los editores más impresionantes y jugados. Hubo respeto, reconocimiento y hasta un premio. Estudié y ejercí el periodismo en uno de los momentos más álgidos de nuestra historia política y social como país y lo hice bien.

Demasiado pronto tendría que despedirme de todo eso y lo haría con amor y aceptación.

DESDE LA VIDA ETERNA NOS VIGILA

«Ustedes tenían que haber rezado mucho para que Chávez siguiera vivo, porque él era el muro de contención de muchas ideas, de esas locas que se nos ocurren a nosotros», dijo Diosdado Cabello, segundo al mando, en el conversatorio Juventud Constructora de Paz, apenas unos días después de que aceptaran públicamente que había muerto quien tanto daño nos hizo.

Leamsy Salazar, el último jefe de Seguridad del presidente, declaró después de desertar que Chávez murió el 28 de diciembre de 2012, a las cuatro de la madrugada, que nos ocultaron la verdad y firmaron decenas de decretos a su nombre. Lo habrían trasladado muerto a Venezuela desde Cuba, lugar donde decidió recibir las quimioterapias necesarias, y dos meses y medio más tarde, el 5 de marzo del 2013, anunciarían su fallecimiento.

Dijo, además, que el comandante estaba totalmente convencido de que con el tratamiento que estaba recibiendo —junto con la realización de rituales mágicos en los que creía— se recuperaría del cáncer.

Pienso en esas fotos que divulgaron en todos los lugares posibles para acallar los rumores nacidos por la prolongada ausencia presidencial; era el 15 de febrero de 2013, y Chávez desde su cama de hospital «leía» el *Granma* junto a dos de sus hijas. Pienso en todos los involucrados en, quizás, la manipulación más grande de toda nuestra historia republicana. Me pregunto por nuestra justicia, cuestiono nuestra democracia. Se me vienen esas preguntas indispensables: ¿Quiénes? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Por qué? Pero también: ¿Cómo pudieron? ¿Pueden dormir?

«Nicolás Maduro no solo en esa situación debe concluir el periodo, como manda la Constitución, sino que mi opinión firme, plena como la luna llena, irrevocable absoluta, total, es que en ese escenario que obligaría a convocar a elecciones presidenciales ustedes elijan a Nicolás Maduro como presidente», dijo Chávez antes de partir a La Habana y sus hijos, fuese como fuese,

cumplieron.

El presidente heredero asumió su cargo el 5 de marzo de 2013, primero como encargado hasta las elecciones y luego como electo, tras obtener una mayoría simple. Algunas de las cosas que engloba ese «fuese como fuese» son: al arrancar la campaña electoral, Maduro aseguró que Chávez se le apareció en una capilla con apariencia de «pajarito chiquitico», que le dio tres vueltas en la cabeza y lo bendijo como diciéndole «hoy arranca la batalla, vayan a la victoria, tienen nuestras bendiciones». Esto lo dijo mientras todo el país lo veía en el patio de la casa natal del difunto, rodeado de sus hermanos. En esa misma alocución dijo: Chávez «voló, voló y está volando (…) desde la vida eterna nos vigila», también llegó a decir que, si bien no era él, era su hijo.

Luego, en las votaciones se registraron más de quinientas treinta y cinco mil máquinas dañadas, se retiró por la fuerza a observadores electorales en doscientos ochenta y seis centros, se denunció voto asistido en quinientos sesenta y cuatro centros, aparecieron en el registro electoral seiscientos mil fallecidos, al menos en trescientos noventa y siete puntos se amenazó a los electores, hubo urnas con más votos que electores registrados, el Partido Socialista Unido de Venezuela hizo proselitismo en las cercanías de más de cuatrocientos veintiún centros.

Toda esta información fue recogida por ciudadanos y denunciada por el candidato opositor, pero ¿qué se puede hacer en un país en el que, a pesar de lo que dictan sus leyes, el Poder Electoral y el Judicial también son parte del mismo partido político que ejerce el Poder Ejecutivo? Solo se puede hacer eso y esto: denunciar. Denunciar a sabiendas de que no pasará absolutamente nada en el momento, pero esperando que quede un registro para la historia, que ustedes lo sepan, lo sepan de la boca de sus padres.

Tras la proclamación de su victoria, Maduro aseguró conocer las cédulas de identidad de novecientos mil chavistas que no le dieron su voto en esas elecciones, «ya los tenemos», dijo, mientras dejaba ver una sonrisa. No, en Venezuela tampoco existe el voto secreto.

La última victoria chavista significó la muerte de toda esperanza de cambio y durante los años 2014, 2015 y 2016 nosotros, la primera gran oleada, los hijos de los militantes, crecimos y nos fuimos, huimos como muchos otros hijos; escapando de la violencia,

del 500 % de inflación, de la reducción salarial y la tasa de desempleo más alta de América Latina, del hambre, tanta hambre, escapando de nuestros propios padres, de la ceguera, del orgullo herido, de la casa rota, de la Constitución burlada, de la avalancha, del país cuartel con días determinados para comprar comida, para bañarte, para comprar jabón y pasta de dientes, para ver televisión por un par de horas, para vacunar a los niños si tenías suerte.

Mientras allá el hambre arreciaba, nosotros pasábamos nuestro primer invierno en Chile. Ese día nos quedamos en casa escondiéndonos del frío junto a un calefactor donado. Recuerdo estar consciente de la suerte que tenía de poder estar así, guardada contigo durante un día tan helado, haciéndote todo tipo de comidas calientes: sopas de verduras, masitas horneadas, purés, agüita de hierbas con miel, acurrucándote en mis brazos, bailando, cantándote, haciéndote cosquillas, jugando juntos.

Recuerdo tus cachetitos rojos, redondos, inmensos, tu sonrisa, también tu llanto si no me veías en el mismo espacio que tú y los «mamá, mamá, mamá» angustiosos que le precedían.

No te bastaba la voz emitida desde la cocina ni franelas impregnadas de mi olor, necesitabas mi cuerpo ahí junto al tuyo y yo podía entender perfectamente las razones porque también me angustiaba cuando tenía que apartarme de ti por un momento. Conscientemente me había alejado del mundo para dedicarme por entero a tus cuidados, sentía que mejor que estar ausente de todo era estar presente para ti, y ese mecanismo funcionó muy bien hasta que ya no. Hasta que comenzaron a llegar los mensajes:

—¿Estás viendo las noticias?

—Hija, ¿cómo estás?

—Llámame cuando puedas.

El mundo que nos creé se rompió de un zarpazo. Las noticias hablaban de una gran marcha, de represión, de muertos en todo el país. Te preparé un baño caliente con lavanda, la pantalla seguía iluminando, te lavé, la pantalla seguía iluminando, te sequé, la pantalla seguía iluminando, te abrigué, la pantalla seguía iluminando, te abracé y acaricié tu cara hasta que te quedaste dormido y la pantalla seguía iluminando.

Vi largamente el techo. Lloré en silencio antes de levantarme de la cama. Entonces fui hasta el celular.

Una policía le rompió la cabeza a cascazos a Jennifer, quedó en

el suelo sangrando e inconsciente hasta que un motorizado se la llevó al hospital.

A Gianni lo patearon hasta que se cansaron en el estacionamiento de la universidad.

A Jesús lo encarcelaron.

A Grisnel la hirieron en la pierna con una bala de perdigón.

A Samir lo golpearon y le rompieron la tarjeta de memoria de su cámara fotográfica.

Días después el conteo hablaba de ciento sesenta y tres muertos, quince mil heridos, dos mil novecientos setenta y siete detenidos y quince mil quinientos treinta y un encarcelados.

Conocimos a David Vallenilla, Neomar Lander, Juan Pablo Pernalete y Paola Ramírez por sus muertes. Yo no estuve allí. No cubrí la marcha, no puse el cuerpo, no acompañé a mis amigos, no cuidé a mis colegas. No estuve allí y es la única cosa que recuerdo de las protestas de 2017.

Jennifer está bien, vive en Estados Unidos, supe que está embarazada de su primer hijo, una amiga en común compartió una fotografía en la que está sentada en la arena con un traje de baño rosa, tomándose la panza con ambas manos, su pelo vuela y ella sonríe. Jesús fue liberado y cuatro meses después lo mataron de dos disparos en la cabeza, abandonaron su cuerpo en una plaza. Samir sigue en Venezuela, el fotorreportaje lo llevó a la labor social. A Grisnel y Gianni los perdí de vista.

Quienes nos fuimos aprendimos a adoptar otros acentos, cambiamos algunas palabras, caminamos con un hueco en el pecho que a veces olvidamos pero que siempre nos hace llorar.

Sobre todo en los días fríos, el quinto día de cada mes, cuando ya no tenemos ni un peso, cuando vamos al médico y nos palpan las carnes con asco disimulado, mientras en la sala de espera los oriundos nos miran como si les estuviéramos quitando algo que no tienen, cuando la burocracia nos arrebata oportunidades, cuando pasamos más de un año sin un carnet vigente con nuestro nombre estampado al lado de un número que nos hace personas y que en ocasiones confundimos con todos nuestros números anteriores: 19009439, 2630428, 2630357, trabajamos con ganas, durante más horas de las legales, deseando sentirnos seguros de noche cuando las pesadillas nos toman presos.

Para finales de 2022 ya éramos más de siete millones los venezolanos que salimos del país a causa de la crisis humanitaria. Millones atrapados en el vaivén. Más de ciento setenta de nosotros ya habían muerto o desaparecido en el mar Caribe, diez veces más que durante el 2018 cuando perdimos a dieciocho, según datos del Proyecto Migrantes Desaparecidos de la OIM.

Oficialmente, el primer bote se volcó el 23 de abril de 2018 y el segundo el 16 de mayo, ambos iban en dirección a Trinidad y Tobago. Durante 2019 la cifra de ahogados se disparó a ciento cuarenta y tres.

El 6 de diciembre de 2020 un peñero partió desde Güiria con destino a la misma isla con diecinueve personas a bordo, incluyendo al menos a tres niños y un bebé de once meses, y digo al menos porque después de ser devueltos al mar y naufragar, solo once de los cuerpos aparecieron en las costas de Cumaná, los demás se hicieron silencio, se hicieron bruma y no supimos ni sus nombres. Para ellos no hubo país, oportunidad o soberanía. No hubo nada.

Sus cuerpos sin caras determinadas existieron y me ven a diario a los ojos cuando desde el otro lado del mundo oso meterme pan en la boca, cuando beso, cuando sonrío, cuando me siento afortunada. Siempre están ahí. Sus cuerpos erigidos sin voz me piden que no olvide. Que no los olvide.

Anoche soñé que en medio de un apocalipsis perdía a mi madre, que todo colapsaba y todos iban cayendo a nuestro alrededor cuando ella también cerraba los ojos, abría los brazos y se desplomaba.

Yo te cargaba, corría contigo en mis brazos para ponerte a salvo. Instintivamente corría hacia la playa, a nuestra playa, pero ahí solo estaban aquel rey, su reina y miles de zamuros comiendo los restos de los que un día quisimos. Desperté y supe que no hay tregua. No la hay. Durante el día veo fotografías de los niños de mi patria peleándose con los perros callejeros por comer del cesto de la basura, y en las noches el miedo me dice que esos niños tienen tu cara. Todos ellos, al mismo tiempo. Pero corro, corro contigo el tiempo que sea necesario.

Corremos, subimos montañas, atravesamos desiertos, agudizamos el oído para disfrazarnos con otros acentos, nos mimetizamos, hacemos lo que tenemos que hacer durante el tiempo que sea necesario, hacemos todo lo que está en nuestras manos y lo que no, intentamos y rezamos y sabemos que estará todo bien. No. La verdad es que, por más que quisiéramos, ninguno de nosotros puede saber esto con certeza. La evidencia dice que no hay rezo que nos blinde contra la vulnerabilidad de la que estamos presos por ser quienes somos, que no hay frente que salga ilesa de la noche.

POR NOSOTROS SABER DEL HORROR

¿Salir es estar a salvo?

Yaelvis Santoyo fue asesinado por la guardia costera de Trinidad y Tobago el 5 de febrero de 2022. Arribaba a la isla a bordo de un peñero junto a su madre, su hermana y otros diecisiete migrantes venezolanos cuando comenzaron a dispararles; la bala que lo mató fue la misma que hirió a su madre en la clavícula. Yaelvis murió en un lugar al que le permitieron entrar únicamente después de muerto, uno en el que extraños le rezaron en un idioma que no conocía, bajo una fe de la que nunca supo. A los sobrevivientes se los llevaron detenidos, entre ellos su hermana Danna Santoyo.

Danna permaneció retenida durante unos días hasta que finalmente, por presiones de organizaciones internacionales, la liberaron y entregaron a su padre en custodia. El resto de las personas fueron deportadas una semana después.

Yaelvis tenía un año de edad y Danna dos. Emprendieron el viaje con su madre, Darielvis Sarabia, para reencontrarse con el padre de los niños, quien ya era residente en la isla. Junto al resto del grupo partieron desde Tucupita la noche anterior. Era 4 de febrero, día en que se celebró el aniversario 30 del fallido golpe de Estado que puso a Chávez en la palestra pública.

Darielvis le contó a su familia durante una llamada telefónica que al acercarse a la playa los guardacostas empezaron a disparar hacia el motor del peñero; ella y sus dos hijos estaban al lado. La embarcación de la guardia era de setecientas veinte toneladas y cincuenta y nueve metros de largo, el comunicado público dice que dispararon porque temieron por sus vidas, que dispararon en defensa propia.

Darielvis fue dada de alta el mismo día del funeral de su hijo, pero no pudo asistir ni despedirse de él porque afuera del hospital la esperaba una patrulla policial para llevarla a declarar. En la transmisión del noticiero se ve que no logra sostenerse de pie; de hecho, es llevada casi a rastras por dos personas, tampoco puede

mantener erguida la cabeza o enfocar la mirada, se queja, se queja fuerte e incesantemente, emite un sonido grave que pareciera venir de muy adentro, tanto que en ocasiones no se escucha la reportera, toda la sonoridad del espacio la ocupa el dolor de Darielvis.

El primer ministro de Trinidad y Tobago, Keith Rowley, defendió su posición y su política migratoria, tildó lo sucedido como algo «accidental» y «minúsculo» y trató como histéricas las reacciones que generó. Dos años antes, su Gobierno deportó a dieciséis niños venezolanos que habían llegado recientemente a la isla y que estaban en espera de la audiencia en la que solicitarían asilo en ese país; fueron enviados de regreso a Venezuela arbitrariamente, en embarcaciones defectuosas sin ningún tipo de registro, bajo amenaza de lluvias fuertes y siguiendo una ruta peligrosa. Ese mismo día, Nicolás Maduro transmitía en cadena nacional la celebración de su cumpleaños desde el Palacio de Miraflores con bailes y música en vivo.

Los dieciséis pasaron más de cuarenta horas desaparecidos en altamar, hasta que pudieron ser localizados y llevados de regreso a Trinidad por orden de una jueza de la Corte Suprema de ese país. Cuando se les preguntó a las autoridades involucradas por la ubicación de los niños o el procedimiento para su deportación, todas escogieron el silencio.

Mayerlin Mayor decidió probar suerte en Estados Unidos. Junto a su hija Victoria, de siete años, dejaron el barrio Felipe Pirela de Maracaibo y caminaron más de mil kilómetros hasta Medellín, luego tomaron un vuelo hasta México, donde llegaron el 15 de enero de 2022. Subieron hasta Acuña y allí se unieron a un grupo de migrantes para cruzar el río Bravo guiados por un coyote. Antes de hacerlo, Mayerlin y Victoria se tomaron una fotografía que compartieron con sus familiares; en ella Victoria viste una chaqueta roja, un pantalón de *jean* y una corona plateada, sonríe también.

Llegado el momento, el coyote cargó a la niña para atravesar el río, pero rápidamente todos comenzaron a ahogarse y al verse en peligro se la lanzó de regreso a su madre, quien también se ahogaba.

Mayerlin abrazó a Victoria con todas sus fuerzas, pero el río la arrancó de ella. Se la llevó. El cuerpo sin vida de Victoria fue encontrado el martes 18 de enero de 2022. Su ataúd blanco cruzó de Acuña a San Antonio con ayuda de las autoridades, quienes hicieron rápidamente todos los trámites para que la niña estuviera en Texas junto a su madre. He aquí otro Estado que gusta de ayudar a los migrantes muertos, más no a los vivos. Inmediatamente después Mayerlin fue presa; ahora liberada debe comparecer ante una corte de migración.

Leangel Gutiérrez venía a Chile junto a su madre, su hermana y un primo cuando el autobús en el que viajaban perdió los frenos y se volcó en el kilómetro cuarenta y dos del puente La Magdalena de la vía Pasto-Ipiales, al sur de Colombia. En el video se ve la Panamericana sola. Calma. Tres segundos después aparece el bus tomando la curva a toda velocidad, volcándose sobre su costado derecho, y el impacto posterior contra el muro de contención hace que recién se detenga unos ochocientos metros después. En ese mismo accidente murieron otros seis migrantes venezolanos.

Leangel tenía diez años, murió el 3 de febrero de 2022. Aquí los esperaba su padre, quien había llegado en noviembre de 2021.

> Cuando se viene del mar, es mayor el riesgo de padecer complicaciones respiratorias letales al tomar altitud súbitamente. Keiler Vargas nació en nuestra ciudad y murió viniendo a la ciudad en la que vivimos. Él, su madre Alexandra y su hermano de cuatro meses atravesaron los Andes venezolanos, Colombia, Ecuador y Perú intentando llegar a Santiago. En Desaguadero, un lugar a tres mil doscientos ochenta y siete metros sobre el nivel del mar en la frontera entre Perú y Bolivia, a Keiler le empezó a faltar el aire; minutos después dejó de respirar. Era el 28 de enero de 2022 y tenía dos años de edad. A Chile llegaron sus cenizas.

¿Cuánta culpa se puede sentir por respirar el aire que a otro le faltó?

¿Llegar a destino es estar a salvo?

Las hermanas Isabel y Eugenia de dieciocho y siete años respectivamente fueron arrolladas en Santa Rosa con Eyzaguirre el 28 de mayo de 2018. La familia De la Cruz Pappaterra tenía apenas un año en Chile; venían de Lara. Isabel quería ser psicóloga y Eugenia artista. Patricio Hernández, el conductor del Transantiago que las atropelló, dijo a los medios que iba lento y en luz verde, que no vio a las niñas.

Lo dijo sin mirar al periodista ni a la cámara, con desdén, volteando todo su cuerpo apenas respondía cada una de las preguntas que le hacían. Inicialmente los medios de comunicación protegieron al conductor chileno, dijeron que las niñas huían de un robo, que corrían, incluso que cruzaron la calle sin tener su luz. Pero las cámaras de seguridad registraron todo lo que pasó: graban a las niñas al salir del colegio y al caminar por la acera, graban el semáforo poniéndose en verde, graban a las niñas cruzar la calle caminando, graban a la micro aumentar la velocidad para pasar aun cuando la señal ya había cambiado.

En ese entonces Patricio Hernández ya tenía en su historial cuatro atropellos y mientras duraron las investigaciones seguía conduciendo; no existe ninguna ley que le impida hacerlo y el Gobierno dijo apostar a la responsabilidad civil.

Su colegio las despidió con cientos de globos blancos guindados en su exterior con mensajes escritos para ellas. La esquina de Santa Rosa con Eyzaguirre se ha convertido en el lugar de Isabel y Eugenia. Siempre visitada. Siempre llena de ofrendas. Siempre cuidada por todos los que hacen vida en ese sector.

El 13 de diciembre de 2021 Kristopher Meza Colmenarez, de un año de edad, tomó un bombillo con su mano derecha, corrió con él un par de metros hasta que se cayó, el impacto del vidrio contra el suelo hizo que se cortara el dedo meñique de esa mano.

Sus padres Krisle y Manuel lo llevaron inicialmente al hospital El Carmen de Maipú, pero allí les dijeron que se había cortado el tendón, que era necesaria una operación sencilla, ambulatoria, y lo remitieron al hospital de niños San Borja Arriarán, el principal centro de salud de Santiago.

Al comienzo no quisieron atenderlo porque aún no tenía cédula chilena, así que los padres de Kristopher debieron ir en esa situación al Fondo Nacional de Salud para solicitar un documento provisional, finalmente lo obtuvieron y el 22 de diciembre volvieron al hospital, su madre contó que al ingresarlo no le hicieron exámenes preoperatorios, le dijeron que no lo consideraban necesario. Manuel, el padre de Kristopher, entró a quirófano con él, lo acompañó hasta dormirse. Notificó que el niño comenzó a respirar fuerte después de que le inyectaron la anestesia y que se puso rígido, pero le aseguraron que era normal, así que salió de la sala y esperó afuera junto a Krisle.

Media hora después se les unió el doctor asegurando que la operación había sido un éxito, que solo había que esperar que el niño despertara, pero no despertó. El 24 de diciembre recibieron la primera llamada desde el hospital, les comunicaron que Kristopher tenía un edema cerebral, que había que esperar que el órgano se desinflamara y que entonces despertaría, que el niño movía sus pies y sus manitas, pero que aún no le era posible abrir los ojos. Les aseguraron que lo lograría, les pidieron paciencia. El 2 de enero Krisle fue a verlo, estaba inmóvil e intubado, siguieron pidiéndole paciencia. El 4 de enero recibieron la segunda y última llamada, confesaron que Kristopher estuvo con muerte cerebral desde el día de su operación y que ahora su corazón estaba dejando de latir.

Kristopher murió ese día a las 12:15.

La familia Meza Colmenarez tenía en ese entonces poco más de un mes en Chile. Oriundos de Yaracuy, inicialmente migraron a Perú, donde vivieron un tiempo y donde también nació Kristopher. La llegada de un hijo los impulsó a seguir moviéndose en busca de la mejor vida que pudieran ofrecerle.

Hay tantos nombres que se me escapan, que se me escurren, pero hay otros que recuerdo y quiero que conozcas, todos víctimas del sistema de salud público chileno: Robelca Dieurilus, Benito Lalane, Joane Florvil, Wildiana Fidele Florvil, Andrés Mede Joaneus, Lina García y su bebé. Todos migrantes, como nosotros.

Ignoro el origen del odio, desconozco su fuente, el lugar donde nace. Pero sé que suele obtener su fuerza de muchas maneras y de múltiples situaciones, que se permea por todos lados. No sé si primero vino el odio oficial o el civil, una ola inmensa que se formaba ante nuestros ojos, que crecía y crecía y daba coletazos infames pero no terminaba de reventar, hasta que el Gobierno hizo la primera expulsión de migrantes del país, y entonces explotó.

Fue el 10 de febrero de 2021 a las cuatro de la mañana, cincuenta y un venezolanos y treinta y un colombianos fueron vestidos con overoles blancos, sus cuerpos morenos recubiertos de tela blanca plástica, inclusive la cabeza, el pecho armado con un chaleco amarillo reflectante, y sus rostros cubiertos por mascarillas quirúrgicas, de ellos solo vimos sus ojos temerosos y avergonzados, sus manos atadas adelante.

La expulsión se hizo en un avión de la Fuerza Aérea de Chile y se transmitió por radio y televisión, fue la nota más importante al otro día en los diarios. El país amaneció empapelado de esas imágenes porque así fue orquestado, Policía de Investigaciones y medios de comunicación unidos, uña y mugre, para ofrecer esa, la gran imagen para la unión y el regocijo nacional, y nosotros, tal como todos los días, nos lavamos la cara en la mañana, caminamos lo más recto posible y salimos a trabajar.

La razón de la expulsión era la entrada irregular al país. Una entrada irregular es el paso por cualquier otro lado que no sean los habilitados para ello, las fronteras terrestres vigiladas, los aeropuertos. Los expulsados habían llegado recientemente a Chile y permanecían custodiados en un refugio sanitario en Iquique después

de autodenunciarse, figura que recientemente había levantado el Gobierno chileno para la supuesta regularización de los migrantes que entraban al país por el desierto. Pero no usaron esa información para regularizarlos, los deportaron.

Hoy somos la colonia de extranjeros más numerosa de Chile. Nuestra llegada tiene que ver con que este era el único país de América Latina al que se podía entrar como turista y luego solicitar una residencia temporal. No tiene que ver con Sebastián Piñera pronunciando discursos vacíos en la frontera. No conozco a nadie que se haya venido porque dijo lo que dijo. No le creímos nunca. Un concierto en la frontera de países marcados por la violencia no dice nada coherente, nada confiable, y desconfío profundamente de quienes piensan que algo así puede pasar, que piensan o están seguros de que otro toma decisiones de vida basadas en la realización de un recital.

De hecho, en el 2018 el Gobierno de Piñera puso en vigencia un visado especial para venezolanos llamada Visa de Responsabilidad Democrática; todo Chile puso el grito en el cielo, algunos dijeron que teníamos facilidades para entrar porque formábamos parte de un plan desestabilizador que, dependiendo de quien lo dijera, resultaba ser fascista o comunista, pero nunca jamás personas necesitando ayuda, personas intentando mantenerse vivas o queriendo volver a ver a sus familias.

La verdad es que la Visa de Responsabilidad Democrática fue el gran tapón, la manera magistral de que todos los esfuerzos de gente honesta que deseaba migrar legalmente se gastaran en conseguir desde Caracas, con la hambruna a cuestas, una visa para vivir en Chile. Del total de peticiones, se cursaron menos del 30 %. Muchos de ellos no vinieron, pero muchos más decidieron venirse a pie y entrar por pasos no habilitados.

La expulsión fue un gesto, un guiño, un símbolo. Días después se supo, a través de una sentencia judicial, que «no estuvo antecedida por un procedimiento en que los amparados hubieren podido controvertir el ingreso atribuido, ejercer su derecho de defensa ni exponer los antecedentes que estimaren procedentes ante la pretensión de expulsión», es decir, también fue totalmente arbitrario.

Después de esa expulsión vinieron otras, gracias a un convenio

firmado entre el Gobierno y la aerolínea Sky, el cual estipulaba hacer cerca de quince vuelos con hasta ciento ochenta pasajeros a bordo. Por ello, la compañía recibiría setecientos cincuenta dólares por extranjero expulsado; en total, más de dos millones de dólares.

Sky pertenece a la familia Paulmann y su presidente ejecutivo es Holger Paulmann, albacea de Augusto Pinochet. La base de la política es el negocio y cada uno de nuestros cuerpos es moneda. En el pasado soñé que fueras presidente de Venezuela, que cambiaras las cosas, hoy sueño que la política nunca se te presente como una idea valiosa o sensata.

Siete meses después, el 25 de septiembre de 2021, seis mil personas marcharon en el norte del país contra la migración, una manifestación custodiada por Carabineros que destruyó e incendió a su paso carpas de familias venezolanas recién llegadas, sus colchones, sus ropas.

El rugido del fuego, ¡viva Chile, mierda!, vuvuzelas y aplausos, ¡Chile para los chilenos!, vidrios rompiéndose, ¡fuera los delincuentes!, puños arriba, ¡quítenles las cochinás!, y ahí entre medio de todo, ese cochecito ardiendo mientras flameaba la bandera chilena, y nosotros que tanto solíamos amar este país, viéndolo todo por televisión, pensando en toda la gratitud que sentimos alguna vez.

Desde ese día son aceptadas las manifestaciones de odio públicas en nuestra contra. Aceptadas y cada vez más frecuentes. Hoy las fronteras de Chile, el país que dice saber del horror militar, están militarizadas y su ciudadanía lo celebra.

Pero seguimos intentándolo, de eso se trata. Sin franja y con ella las montañas insondables de Colchane siguen siendo atravesadas por madres que son casas, canguros, escudos, fuentes, mantas, madres camas, madres termómetro, madres búho. Toda la sobrevivencia de una generación reposa en los hombros de millones de madres que caminan kilómetros sin ser atletas, que nadan sin saber nadar, que hablan cualquier idioma sin estudiarlo, que negocian con hombres duros, hombres fríos, hombres inescrupulosos, hombres de leyes o de calle.

El norte de Chile le pertenece al viento y sus susurros indescifrables, espeluznantes, que engañan, arrastran, reducen. De pronto el suelo ya no es y el cielo ya no es y el aire es robado rápido, sin contemplación. Los delirios posibles en el desierto chileno involucran todo el vértigo, todo el llanto, todo el miedo, todo el ruido y de golpe todo el silencio.

Las casas abandonadas de Pisiga han sido testigos de cosas

inenarrables cuyos vestigios puedo enumerar: recuerdos de bautizos, ropas de todas las tallas, colores, maletas enteras, bolsos llenísimos, teteros, pañales usados, mierda de adulto enfermo, ábacos rotos, ropa interior femenina rota, caramelos, muchos caramelos, demasiados caramelos, como escenario de una fiesta cuyo protagonista es uno mismo, la propia vida, pero que no celebra, más bien defiende, botellas de agua, latas de atún, miles de cédulas de identidad venezolanas, colombianas, bolivianas, peruanas, haitianas, papeles que dicen «Bienvenido a Chile» en su parte superior, arrugados, rotos, o demasiado blancos, demasiado limpios.

Yuri Villalba es enfermera, tiene treinta y tres años y tres hijos, se vino a Chile con dos de ellos, Samuel y Yulianny, de uno y cuatro años de edad respectivamente. Son de Ciudad Ojeda, estado Zulia, un lugar en el que la principal fuente de trabajo eran las petroleras.

Como muchos de los migrantes que han llegado en el último año, se refugiaron en una esquina de la Catedral de Iquique durante su primera noche en la ciudad. Sentada en el suelo junto a sus cosas, Yuri pensaba qué hacer ahora, cómo bajar hasta Santiago.

Para llegar atravesaron Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia a pie, un mes y medio caminando todo lo que pudieron caminar a diario. Bolivia fue lo más difícil del trayecto, Yulianny sufrió severos dolores de cabeza y Samuel sangraba por la nariz sin parar. Colchane también lo fue, el frío seco, la altura, la espera de una oportunidad para pasar la frontera. Llegaron allí a las diez de la mañana pero no los dejaron pasar, qué van a hacer aquí, les preguntaron, que la iban a pasar mal, advirtieron.

—Quiero una vida estable para mis hijos, eso vinimos a buscar.

—No es nuestro problema.

Pero antes salió su esposo, se fue a Ecuador. Después de que la trasnacional petrolera en la que trabajaba fuera expropiada, pasó demasiado tiempo desempleado. El nacimiento de su tercera hija fue decisivo; tenía que irse, era la única manera. Salir, trabajar, enviar el dinero a Venezuela para que su familia estuvieran bien, tranquila, sana. Pero eso no pudo ser porque a meses de llegar intentaron robarlo, forcejeó con los delincuentes y entonces lo asesinaron.

Yuri me dice que era a inicios de 2019 y que en ese tiempo un venezolano había asesinado a una muchacha ecuatoriana que estaba embarazada, y que su esposo le contaba que algo se retorció desde entonces, que hubo un cambio de actitud notorio hacia todos los venezolanos, que las cosas se habían complicado, que todo se había vuelto agresivo, peligroso. A veces pareciera que el único idioma

común es el de la sangre.

Yuri está con una muchacha que no quiere hablarme, pero me dice que es una amiga que hizo en Colombia, que hicieron el trayecto juntas, acompañándose, y que uno de estos niños alrededor de nosotras es suyo.

Llegada la noche volvieron a intentarlo, a pedir que las dejaran pasar, que por favor consideraran a los niños, que tenían mucho frío, varios dijeron que no hasta que llegó la excepción: «Te voy a dar media hora, tienes media hora para que yo no te vuelva a ver», y se le dio la espalda. Entonces todos comenzaron a correr.

Decidieron caminar porque no existe manera alguna de ahorrar para pasajes de autobús, mucho menos de avión; en promedio, lo que se gana mensualmente en Venezuela representa un día de salario en cualquier otro país de América Latina y la prioridad es comer. Yuri dice que cada día comían menos, que cada día estaban más débiles, y que por sus tres hijos pequeños tomó la determinación de salir a la buena de Dios.

—¿Crees que puedas conseguir aquí lo que buscas?

—Tengo fe en Chile.

La tercera hija de Yuri, Saraí, es músico de la Orquesta Sinfónica y aunque tiene solo diez años decidió quedarse en Venezuela apostando por la continuidad de su carrera, por temor a perderla también. Quedó al cuidado de una tía de Yuri. A Yulianny, la pequeñita de cuatro años, todavía le duele la cabeza.

Yormalys y Cristian son desertores de la Marina, vinieron con sus hijos Gabriel, de tres años, y María, de uno. Están sentados en la plaza Arturo Prat de Iquique, ven a su alrededor, intentan calmar a Gabriel, que se queja, llora. Hace tres días que tiene fiebre.

Llegaron hace dos semanas y hoy salieron por primera vez de la «estadía sanitaria transitoria para migrantes» dispuesta por la Agencia de la ONU para los Refugiados. Antes de Chile estuvieron en Colombia dos años, hasta que llegó la pandemia y tuvieron que moverse, luego vivieron en Ecuador, allá nació María, pero escucharon que las cosas aquí estaban mejor y se vinieron. Cuando lograron pasar la frontera alguien les ofreció bajarlos hasta Iquique en una van a cambio de un celular, así que le dieron el único que tenían. En Chile no los espera nadie, aquí no tienen familia ni amigos.

—¿Qué buscan?

—Que nuestros hijos puedan estudiar y comer. Que nosotros podamos trabajar tranquilos, echarle pierna a la vida.

Esta noche regresarán a su colchoneta en el campamento de Playa Lobitos. Allá, me cuentan, no se sienten seguros, roban con frecuencia y ha salido gente sin vida. Tampoco cuentan con medicinas, hay doctores que las recetan pero ellos deben arreglárselas para poder adquirirlas. Arreglárselas en este contexto significa pedir, incurrir en trabajos ambulantes o trabajar de manera ilegal, porque Chile demora entre nueve meses y tres años en otorgar una visa que permita, eventualmente, trabajar. Los tiempos que estoy mencionando son los reales; en el Departamento de Extranjería y Migración siguen diciendo que son ciento veinte días hábiles porque si este país sabe de algo, es de mantener su imagen cueste lo que cueste.

Esa es una de las razones de por qué hoy estamos en una situación difícil, desafiante y delicada con respecto al trabajo callejero; irónicamente lo único que se les ocurre a las autoridades

chilenas para frenar el comercio ambulante ejercido por migrantes es robarles o destruirles la mercancía una y otra vez. ¿Las cédulas? Frenadas.

Necesitan esa puesta en escena para reforzar el discurso que han construido sobre nosotros porque les funcionamos ahí, en la base de todas las cosas. Esta es su manera elegante de echarnos, las otras opciones que toman son: dejarnos morir en el sistema de salud público, dispararnos, acuchillarnos, prostituirnos. Hijo mío, hoy y siempre ojos en la espalda.

El hogar que construimos durante todos estos años con los paisanos, los amigos que hicimos aquí, se nos desgrana, se nos escapa.

Se fue Oriana, se fue Amira, se fue Helena, se irá Marianne. Todo el que puede irse se irá, atrás nos quedamos quienes la tenemos un poco más difícil y nuestros años se marcan por despedidas.

En uno de esos adioses después del almuerzo leímos *Los daños colaterales*, de Harry Almela, y nos despedimos. En el metro de regreso a la casa se subió al vagón una madre venezolana con sus dos hijos a vender chocolates; de su boca salieron las mismas palabras, ese mismo guion que se nos ha pegado a la piel y al gentilicio; me hubiese gustado ayudarla, pero no tenía nada más que un libro de Ana Luísa Amaral, papel y lápiz, un absurdo que me forzó a reescribir el poema:

Buenas tardes, señoras y señores pasajeros
con la cara partida de vergüenza
en un vagón del metro en el culo del mundo
con la cara partida de vergüenza somos
un pueblo orgulloso
la miro a ella al temblor
de su voz a sus hijos de 12 y 6
o quizás más
empequeñecidos por el hambre
miro sus pulseras rojas, sus chocolates y mi bolso
a sabiendas de que si hurgo no habrá ni una moneda
y dirijo mis ojos partidos de vergüenza a los suyos
para decirle que perdone mi pobreza, mi mediocridad, solo tengo
encima palabras, rabia y pena
pienso en por qué no llevo galletas conmigo como una mujer normal
y de qué mierda me sirve este libro que habla de la belleza de los pavos reales
bellos pero inútiles
como el libro mismo
me mantiene a flote pero no impide que los míos dejen de pedir.

Hoy, ahora, tienes siete años y es nuestro sexto aniversario en Chile. Encendí la grabadora y te pregunté:

—¿Recuerdas algo de Venezuela?

—No.

—¿En qué piensas cuando piensas en Venezuela?

—En mis abuelos y en Roy.

—¿Tienes recuerdos de ellos?

—No.

—¿Qué es Chile para ti?

—Parques, cerros, edificios altos.

—¿Te sientes chileno?

—No.

—¿Crees que un día puedas sentirlo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no soy chileno ni venezolano, sé que me crie aquí, lo entiendo, pero no me siento así. Me siento multipaíses. Soy un niño con muchos acentos, con muchas experiencias por vivir.

Los veo asombrarse por la forma de tu cabello y mirarlo sin disimulo, los escucho comparar tu tamaño con el de otros niños, les noto el asombro si es que te nace cantar en público o saludar a todo el que se te cruce en el camino, entonces sé que ellos te saben extranjero y siempre lo sabrán. Me alivia pensar que con el tiempo quizás logres pasar como uno más y temo que el Caribe te deje a medida que tú vayas olvidándolo, que se te apaguen los colores, que te me quedes gris en este mundo feroz en el que muchos nadamos a contracorriente con las ganas de vivir como bandera y escudo.

Cuando comencé a escribirte esta carta para el futuro aún no rompías a llorar al preguntarme por qué estamos aquí, por qué tenemos que vivir así o cuándo vamos a volver. Ahora lo haces. Ahora preguntas. Ahora te despiertas de noche preguntando si vas a ver de nuevo a tus abuelos alguna vez o si podemos mudarnos a una casa, y quiero decirte que sí, que todo va a estar bien, que llegamos al país de las oportunidades, a uno en el que quieren al amigo cuando es forastero, al refugio contra la opresión, al oasis de América Latina, pero no es así, los oasis son espejismos y este es un país signado por el horror y desde el horror nada nace, nada ama, nada crece, no sin voluntad de que así sea.

¿Tendrán la voluntad alguna vez?, ¿tendremos la voluntad alguna vez?

Cuando nos hacemos preguntas siempre surgen muchas más y estoy lejos de pretender desanimarte de hacerlas, me alivia que lo hagas, que las hagas y te las hagas, que reflexiones, que te detengas a dudar, que escuches con atención, que intentes entender. No sé si en algún momento todo esto se configure en alguna respuesta digna de ti, pero es mi mejor intento, la mejor manera que tengo para explicarme, para que sepas las razones de tu familia desperdigada y tu país desperdigado, para que ojalá comprendas las decisiones que he tomado, las razones para ello, para que un día perdones mi dureza y mi vulnerabilidad, para que no olvides nunca quién eres, de dónde vienes y que por nosotros saber del horror no volteamos indiferentes cuando toma preso al otro.

Nosotros bregamos día a día por nuestra vida pensando que lo lograremos, y debemos hacerlo con alegría para no perdernos en el abismo de la amargura, de la carencia, del extrañamiento. Para no bajar los brazos. Para no hundir la cabeza. Para estar siempre orgullosos de que estamos vivos porque decidimos caminar, nadar, soltar. No dejamos de intentarlo pese a toda la incertidumbre, el rechazo, el frío. Para poder ser capaces de amar todas las cosas hermosas que jamás habíamos visto y que ahora forman parte de nosotros, para poder formar nuevos hogares en cada lugar al que vamos, para que todo tenga sentido.

Nos componemos del viaje, somos el viaje. Ha sido así desde siempre. En ti confluyen cientos de viajes: el de Mamá Teresa desde el Líbano, el del abuelo Fernando desde Portugal, el nuestro desde Venezuela. Nos movemos para continuar la historia, para no apagarnos, para que nuestra familia subsista sin importar bajo qué bandera porque venimos de la noche pero no vamos hacia ella, vamos hacia el aire, vamos hacia la luz estruendosa del sol.

Supongo que lo que intento decirte es que aunque el viaje siempre es doloroso, forzado, exigente e imposible, lo hacemos bajo una razón poderosa. Ese motivo es su núcleo y lo que lo hace hermoso, magnífico. Su belleza radica en algo que puedes escuchar hasta en el más absoluto silencio, sí, silencio, escucha, ¿escuchas?, ¿te escuchas? Estás vivo.

Agradecimientos

A mi hijo, por aceptar tan tempranamente el oficio de su madre aún sin entenderlo del todo.

A mi hermana, por ser mi primera lectora.

A Marianne Díaz Hernández, por hacerme espacio en su cuarto propio.

A Simón Villalobos, por la agudeza, el empuje, el soporte, el amor.

A mi madre y a mi padre, por aceptar hablar de lo que no se habla.

A mis abuelos por la entereza dada.

A Juan Cristóbal Peña, por devolverme a la profesión más bella del mundo.

A todas mis fuentes.

Gracias.

Fuentes

Fuentes testimoniales:

–Griselys Díaz, entrevista realizada en julio de 2017.
–Jesús Sarabia, entrevista realizada en julio de 2017.
–Magaly Figuera, entrevista realizada en julio de 2017.
–Elialmy García, entrevista realizada en noviembre de 2019.
–Carlos de Sousa, entrevista realizada en agosto de 2021.
–Yuri Villalba, entrevista realizada en julio de 2022.
–Yormalys Navas, entrevista realizada en julio de 2022.
–Cristian García, entrevista realizada en julio de 2022.
–León Rodrigo Rivas de Sousa, entrevista realizada en octubre de 2022.

Fuentes bibliográficas web:

–ABC. “El impactante vídeo de una madre venezolana con el cadáver de su hija que murió por la falta de luz”. (11 de marzo de 2019). *ABC internacional*. En página web: https://www.abc.es/internacional/abci-impactante-video-madre-venezolana-cadaver-hija-murio-falta-201903111217_noticia.html

–Amaya, C. Castro, N. Olivares, J. “Documental ‘Esperanza sin Fronteras’. (18 de mayo de 2022). Canal Iglesia de Santiago. En página web: https://www.youtube.com/watch?v=J4N-QFhaS4E&t=20s

–Core. “Colombiana que fue abandonada por taxista en proceso de parto: ‘No puedo creer cómo puede haber gente tan mala’. (10 de octubre de 2017). *El Desconcierto*. En página web: https://www.eldesconcierto.cl/nacional/2017/10/10/colombiana-que-fue-abandonada-por-taxista-en-proceso-de-parto-no-puedo-creer-como-puede-haber-gente-tan-mala.html

–De Sousa García, A. “Abastecimiento soberano intensificará control alimentario”. (24 de julio de 2016). *Confirmado*. En página web: https://confirmado.com.ve/abastecimiento-soberano-intensificara-

control-alimentario/

–De Sousa García, A. “Oficialistas controlarán la venta de bolsas de comidas”. (11 de abril de 2016). *Confirmado*. En página web: https://confirmado.com.ve/oficialistas-controlaran-la-venta-de-bolsas-de-comidas/

–De Sousa García, A. “Luis en Guanta contra la ballena blanca del hambre”. (10 de marzo de 2017). *Prodavinci*. En página web: https://prodavinci.com/especiales/el-hambre-y-los-dias/cronica-de-sousa.html

–Grantt, W. “Apagón en Venezuela: los saqueos y la desesperación tras 5 días a oscuras”. (11 de marzo de 2019). *BBC News Mundo*. En página web: https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-47525597

–Organización Internacional para las Migraciones. “Datos y recursos” (2022). En página web: https://chile.iom.int/es/datos-y-recursos

–Rojas, J. “Atrapados en el servicio médico legal: morir como haitiano en Chile”. (8 de noviembre de 2017) *The Clinic*. En página web: https://www.theclinic.cl/2017/11/08/atrapados-servicio-medico-legal-morir-haitiano-chile/

–Torrado, C. “Madre venezolana con su hija muerta en brazos”. (11 de marzo de 2019) *Oro Noticias*. En página web: https://oronoticias.tv/madre-venezolana-con-su-hija-muerta-en-brazos/

Nota del editor digital: Debido a la propia naturaleza de la web, es posible que estos enlaces no estén disponibles en el momento de lectura de esta obra.



Arianna de Sousa-García (Puerto La Cruz, Venezuela, 1988) es periodista y magíster en Escritura Narrativa. En 2016 ganó el Premio Jesús Márquez del diario *El Tiempo*, por su trabajo de investigación relacionado a la cadena de control alimentario en Venezuela. Está exiliada en Chile desde 2016 y trabaja como librera. Es cofundadora de *Casajena editoras* y forma parte del colectivo de escritores *Traza*.

